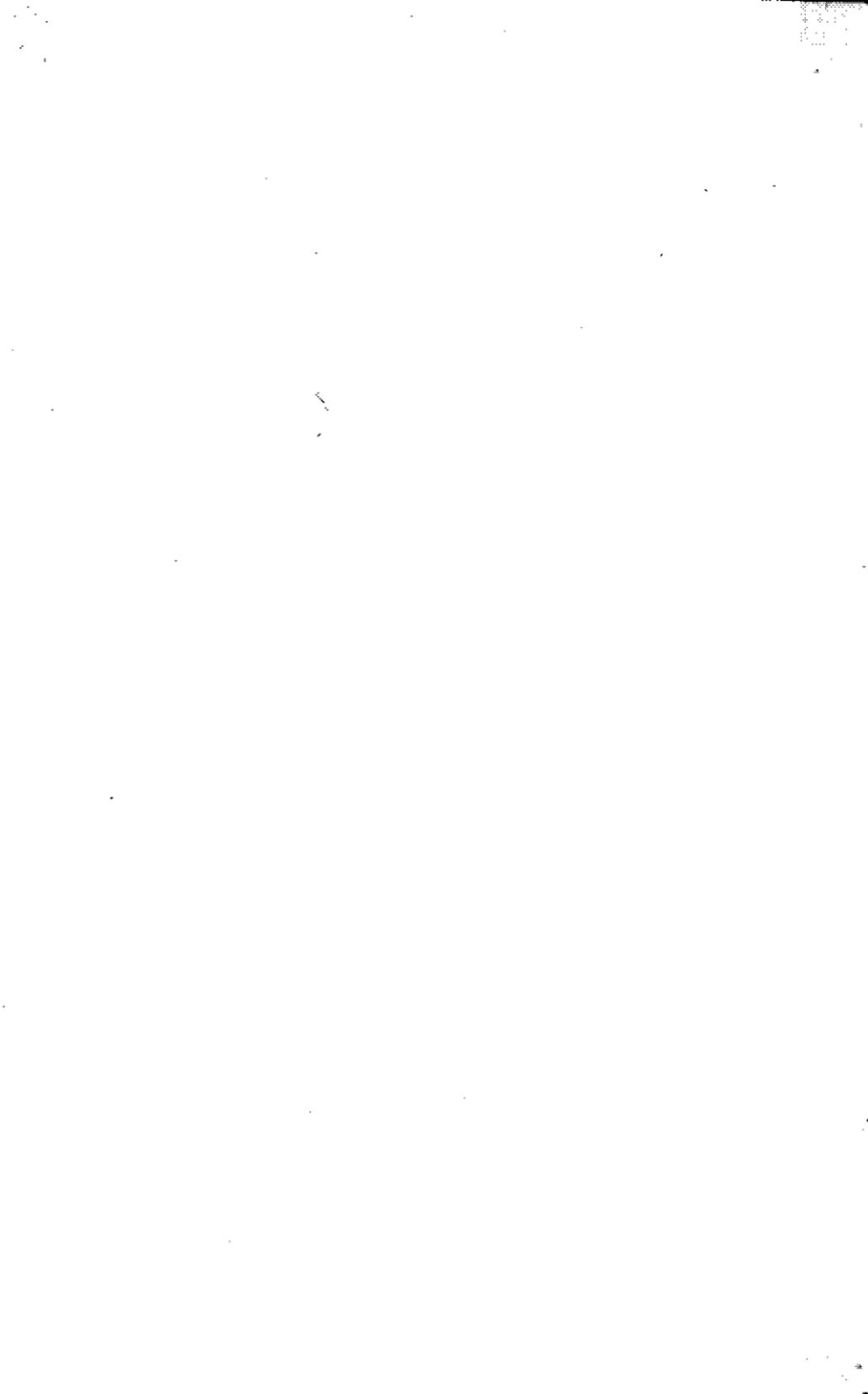


~~Francisco Lopez~~

S. J. White House

Arch
3

Francisco Lopez



C3268

LA RUEDA DE LA FORTUNA,

nunca se para

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS

DE

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1843.

812598

PERSONAS.

ACTORES.

ZENON.	<i>D. Julian Romea.</i>
MAURICIO.	<i>D. Antonio Guzman.</i>
CLARA.	<i>D.^a Teodora Lamadrid.</i>
D. DIEGO FAJARDO. . .	<i>D. Elias Noren.</i>
EL CONDE DEL VALLE.	<i>D. Florencio Romea.</i>
PETRONILA.	<i>D.^a Gerónima Llorente.</i>

Un criado.—Riojanos.

La accion de este acto pasa en un pueblo de la Rioja en 1,74.....

Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima, ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 15 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

A DON JOSÉ ZORRILLA,

TRIBUTO

DE CARÍO Y RECONOCIMIENTO,

DE SU APASIONADO AMIGO

TOMAS RODRIGUEZ RUI.



Acto primero.

Sala baja de la casa de un rico labrador de la Rioja. Puerta en el fondo, por la que se descubre el campo, y otras dos, una á la derecha y otra á la izquierda del teatro. En este lado un armario antiguo.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. PETRONILA.

PETRONILA. Si no me mata hoy el gozo
digo que el gozo no mata.

CLARA. Petronila!... ¿esa alegría...

PETRONILA. Señorita doña Clara,
hoy se me quitan diez años
de encima.

CLARA. Pero ¿qué causa...

PETRONILA. ¿Pues no sabe usted...

CLARA. No tal.

PETRONILA. Vamos, si yo estoy en Babia;
si parezco una chiquilla...
si no sé lo que me pasa.

CLARA. Mas...

PETRONILA. A eso voy; por supuesto
que estaré como una grana
de encendida, lo conozco,
porque cuando de él se trata...

CLARA. Mas ¿quién es él?

PETRONILA. Mi Zenon...

CLARA. ¿Qué dice usted? *(Con alegría.)*

PETRONILA. Sí; el de marras;
mi dije, mi estudiantillo,
el hijo de mis entrañas...

- lo he criado, señorita,
y con decir esto, basta.
- CLARA. Sí, sí, ya sé... y ¿qué sucede?
acabe usted.
- PETRONILA. Bien; me encanta
ese afán que tiene usted
por saberlo... ¿pues no? vaya,
¿á qué negarlo? Ustedes dos
se quieren...
- CLARA. ¡Ay virgen santa!
- PETRONILA. Y hace usted bien, si señora;
porque mi Zenon, en plata,
es el mozo mas lucido
que hay en toda la comarca.
- CLARA. ¡Por Dios! que mi padre puede
escuchar...
- PETRONILA. ¡Hum! qué embajada!
Y que lo escuche y lo sepa...
mejor es hoy que mañana:
si á la postre Dios ó el diablo
han de tirar de la manta...
- CLARA. Pero aun no me há dicho usted...
- PETRONILA. Y es verdad, se me olvidaba...
Toma! que ya concluyó
de estudiar y vuelve á casa
hecho un doctor...
- CLARA. ¿Cuándo, cuándo?
- PETRONILA. Hoy mismo...
- CLARA. ¡Cielos!
- PETRONILA. Cachaza;
vea usted, vea usted lo que escribe
á su padre... aqui guardada
sobre el corazon la tengo...
ya, ya verá usted qué carta...
- CLARA. Venga acá.
- PETRONILA. (*Dándosela.*) Léala usted alto;
quiero otra vez escucharla
aunque lllore, y jimotoé...
- CLARA. (*Lee.*) Padre mio: tengo el placer de anunciarle para su satisfaccion que he terminado felizmente mis estudios, y que he recibido hace dos dias la borla de doctor en leyes.

PETRONILA. ;Qué discreto! ;Hijo de mi alma!
CLARA. Saldré inmediatamente de esta corte con dirección á ese pueblo, y en breve tendré la envidiable fortuna de abrazar á usted y á mi buena Petronila, para no separarnos jamás.

PETRONILA. Jamás, jamás, ¿lo oye usted?
;Dios lo bendiga! ;qué pasta!

CLARA. Con que es decir que muy pronto le veremos.

PETRONILA. Cosa es clara:
mas ¿no sigue usted leyendo?

CLARA. ¿Hay mas?

PETRONILA. ;Friolera! Otra llana,
en que habla de usted...

CLARA. ;De mí!

PETRONILA. A la vuelta, carta canta.

CLARA. Ya no ambiciono mas que una cosa para asegurar completamente mi felicidad... la mano de la virtuosa Clara. Esa joven tan pura como desgraciada me ha inspirado un amor vehemente, profundo, y ahora que ya tengo un porvenir, que me hace mas digno de ella, se lo anuncio á usted, padre mio, porque no dudo que merecerá su aprobacion y me ayudará con su influjo á obtener la esposa que hace mucho tiempo elijió mi corazón.»

PETRONILA. ;Qué bien se esplica! ¿Eh? ¿qué tal?
No hay que ponerse encarnada,
;qué diantre!... aqui estamos solas,
y luego, cosa mas santa,
¿no es verdad?

CLARA. Sí... Petronila...

PETRONILA. Levante usted esa cara,
que lo demas es andarse
con repulgos de empanada.
Míreme usted... asi, asi,
y dígame facha á facha...
le quiero porque es muy guapo,
me regusta, y santas pascuas.

CLARA. Sí, si... pero calle usted,
que en esa vecina estancia
mi padre...

PETRONILA. Vuelta, mi padre...

¿y aunque escuche lo que se habla
que ha de icir el buen señor?

CLARA. Sin embargo, sus desgracias
le tienen exasperado,
y pudiera...

PETRONILA. **Patarata!**
verá usted como en la boda
es el primero que baila,
y se le quita la murria
y ese genio de...

CLARA. ;Dios lo haga!

PETRONILA. Lo hará, lo hará, y con su amparo
mi señor, sin mas tardanza
la va á pedir á usted hoy.

CLARA. Jesus! hoy?

PETRONILA. Por qué se espanta?

Ya sabe usted que aqui nunca
nos andamos por las ramas.
Hoy la pide, sí señora,
porque quiere á la llegada
de su chico, sorprenderlo
y decirle: buena alhaja
ahí la tienes, cástate,
salud y cosecha larga.

CLARA. No quisiera que tan pronto
esas bellas esperanzas
llegaran á convertirse
en realidades amargas...
No sé qué nuevos pesares
está anunciándome el alma...

PETRONILA. ¿Otra te pego? ;por vida...!
¿volvemos á las andadas?
No se apure usted jamas
por duendes ni por fantasmas,
mientras de lejos asusten
y no presenten la cara.
Hoy llega Zenon, señora:
los mozos y las zagalas
tratan de ir á recibirlo
hasta la ermita, y su ama
ya puede usted figurarse
que no piensa caer en falta:

vamos á ver, ¿quiere usted
ser tambien de la comparsa?

CLARA. No sé si querrá mi padre...

PETRONILA. ¡Válgame la Candelaria!
si le tiene usted mas miedo
que á los toros de Navarra.

CLARA. Bueno, yo se lo diré...

PETRONILA. Pues eso que no se trata
de ningun aquel que sea
impropio de gente honrada.
Ea!... me voy: en un vuelo
dejo corriente la casa
y vuelvo aquí por usted...
vamos, ánimo y mas alma...!
Si estas niñas de Madril
parecen unas estautas.

ESCENA II.

CLARA.

¿Qué envidiable es esta gente
con su feliz ignorancia
sin aspirar ambiciosa
del mundo á la pompa vana!
Las horas de su existencia
aquí tranquilas resvalan
bajo el influjo benéfico
de estas purísimas auras...
Y de ese sol que en sus prados
placer y vida derrama.
Si yo pudiera algun dia
gozar de la dulce calma
que brinda por todas partes
esta escondida morada,
¡oh!.. qué dichosa... mas, no,
¡fascinadora esperanza!...
¿Y el orgullo de mi padre?
¿y el esplendor de su casa?
¡Ay de mí! yo debo ahogar
esta pasion insensata!
Mas ¿quién se acerca? ¿no es él?

¿tan temprano y fuera estaba?
 ¡Oh!.. ¡cada vez mas sombrio!
 en esa frente inclinada
 alcanzo á ver la honda huella
 de los dolores del alma.—

ESCENA III.

CLARA, D. DIEGO.

DIEGO. *(Sin reparar en su hija.)*
 ¡Nadie! tampoco hoy vendrá...
 ¡qué calma... condenacion!
 Padre mio...

CLARA. *(Sin reparar en su hija.)*
 DIEGO. ¡Quién! ¿es mi hija?
 CLARA. Vuestra Clara, sí señor.
 DIEGO. Muy pronto has dejado el lecho.
 CLARA. Me levanté con el sol...
 pero usted ha madrugado
 segun veo mas que yo.

DIEGO. Sí.
 CLARA. Y qué tal? con el paseo
 se encuentra usted hoy mejor?
 DIEGO. Lo mismo.
 CLARA. ¿Bajó usted al valle?
 DIEGO. No.
 CLARA. ¿Es cierto que en derredor
 ha hecho la última tormenta
 mucho estrago?

DIEGO. ¿Qué sé yo?
 CLARA. ¿Se enfada usted?
 DIEGO. No, hija mia;
 perdona á mi mal humor
 que hasta contigo se estrella
 sin motivo ni razon.
 Es de mi suerte enemiga
 tan escesivo el rigor,
 que ya me faltan las fuerzas,
 la fe y la resignacion.
 Medito en lo grande que era
 y en lo pequeño que soy,
 y al cabo me he convertido,

- ya lo ves, es un huron.
 CLARA. Pero ¿cuánto mas felices
 vivimos aquí los dos?
 Es cierto que no hay riquezas
 ni lujo ni ostentacion,
 ni aumentamos de la corte
 el brillo deslumbrador,
 mas estas gentes sencillas
 nos aman...
- DIEGO. Por compasion.
 CLARA. En esos montes y valles
 se encuentra...
- DIEGO. Nieve ó calor,
 ó lobos ó precipicios,
 lagunas... ¡linda mansion!
 CLARA. (¡Imposible!.. cada día
 mas tenaz, válgame Dios!)
 Sabe usted que hoy va á llegar...
 (Con ansiedad.) ¡Quién! ¿tú lo sabes?
- DIEGO. Pues no?
 CLARA. ¿Quién te ha dicho?
 DIEGO. Petronila.
 CLARA. ¿Petronila?
 DIEGO. Sí señor.
 CLARA. Y ¿á ella...
 DIEGO. Si lo ha criado...
 CLARA. ¿Al Conde ha criado?
 DIEGO. No,
 á Zenon que hoy va á llegar
 y ya viene hecho un doctor.
 CLARA. ¿Eh!.. ¿qué importa ese muchacho?
 DIEGO. ¿me traerá la salvacion?

ESCENA IV.

CLARA, D. DIEGO, MAURICIO.

- MAURICIO. Que Dios nos dé buenos días,
 á ustedes, á mí y á tos.
 CLARA. Muy buenos, señor Mauricio.
 MAURICIO. Y ¿cómo va ese valor,
 señor don Diego?

- DIEGO. Tal cual.
- MAURICIO. Vaya, me alegro: ¿y el sol de la Rioja?
- CLARA. Como siempre...
- MAURICIO. Como siempre, becho un primor. Hombre, ¿es usted el que á la cresta del monte se encaramó esta mañana?
- DIEGO. Yo, sí.—
- MAURICIO. Tambien es buena aprension.
- DIEGO. Las suelo tener muy raras...
- MAURICIO. Hombre, no digo que no; si pajarraco mas propio que usted sobre aquel monton de peñas... quiá!... ni pintado.
- DIEGO. (*A Clara.*) Oyes?
- CLARA. (*A Diego.*) Tal vez no pensó...
- MAURICIO. Pues no se aude usted en jolgorios, que en nuestra edá á lo mejor... pataplum!... y en las alturas es muy malo un resvalon.
- DIEGO. Es verdad, señor Mauricio, eso muy bien lo sé yo.—
- MAURICIO. Si es una verdad mas grande que el templo de Salomon. Pero ahora que me recuerdo, tenemos que hablar.
- CLARA. (*¡Ay Dios!*)
- DIEGO. Conmigo ha de ser?
- MAURICIO. Y á solas.—
- CLARA. Señorita, con perdon...
- DIEGO. (*Bajo.*) ¿Qué va usted á hacer?
- CLARA. Vete, Clara.
- CLARA. (*¡Ay de mí!*) Voyme, señor.—

ESCENA V.

D. DIEGO, MAURICIO.

- MAURICIO. Pues como íbamos diciendo ello será lo que quiera; mas, cada cual en su esfera...

en fin , señor , yo me entiendo.
 No se me importa un comino
 de que hable la gentecilla ,
 porque aquí como en Castilla
 el pan , pan , y el vino , vino.
 Quisiera hacer un regalo
 á mi chico... y , ya se vé...
 pero , no me escuche ustedé
 con cara de juez de palo.
 ¡Qué diantre! rueda la bola.
 ¿con rabiar , se para? no ,
 pues haga ustedé lo que yo...
 Qué?

DIEGO.

MAURICIO.

Me tiendo á la Bartola.

DIEGO.

Con grande placer lo haria...
 será muy util , conveugo ;
 pero , amigo , yo no tengo
 tan bella filosofía.

No puedo sufrir tranquilo
 del mundo los desengaños ,
 ni mirar que hace tres años
 voy mendigando un asilo...

MAURICIO.

Eso no , voto á mi nombre!
 no hable ustedé de mendigar
 que ya es mucho alambricular ;
 ¿no está ustedé en mi casa , hombre?
 Yo en jamás supe el secreto
 de sus grandes desventuras...
 porque lo que es yo en honduras ,
 la verdá , nunca me meto.
 Ustedés llegaron aquí ,
 y que eran me figuré
 jente honrá ; no me engañé ,
 y mi casa les abrí.
 Corriente ; y no le parezca ,
 ya que en el potro me ha puesto ,
 que ensarto aquí todo esto
 para que ustedé lo agraezca.
 No señor ; voy al decir
 de que ustedé , si no me engaño ,
 dijo que tamien ogaño
 mendiga para vivir.

Y ahora sí que reniego
de lo que valgo... pues que!
¿cuanto hay aquí no es de usted?
pues ¿qué le falta, D. Diego?

DIEGO.

Nada, Mauricio: no hay cosa
que al mirarme en tal estado,
no me haya usted prodigado
con su mano jenerosa.

MAURICIO.

Vaya, hombre!

DIEGO.

No; es la verdad,
verdad que aquí grabaré,
porque nunca olvidaré
su amable hospitalidad.
Mas, con todo, hay sinsabores
que me tienen aburrido...
desterrado, perseguido,
sin riquezas, sin honores...

MAURICIO.

¡Voto al chápiro... D. Diego,
que usted con toda esa cresca
no sabe lo que se pesca...
¡pues! si eso lo viera un ciego.
Tiene usted mas que decir...
cuanto tuve se ha deshecho;
pues señor, á lo hecho pecho,
yo valgo mas y á vivir.
A mí se me han muerto ogaño
dos yuntas y cien ovejas:
me han hurtado cuatro rejas,
y la piedra me ha hecho daño.
Luego por cuatro terrones
de tierra de pan llevar
me ha hecho el alcalde aflojar
cinco ú seis contribuciones.
Y aunque fue malo el invierno
y repeor el verano...
no importa dinero en mano,
y reclamar al infierno.
Y ¿me he de enrabiar?... ¿Yo? ¡quíá!
lo que dice el tío Facundo:
paz, que los bienes del mundo
Dios los quita y Dios los dá.
(Famoso predicador.)

DIEGO.

MAURICIO. Por eso nunca me afano...
y estoy ya ve ustedé, tan sano,
tan recio y de buen humor.

(Señalando al armario.)

Allí tengo... es un decir...
lo que gané buenamente,
y si ustedé en ello consiente
nos lo poemos repartir.

DIEGO. Pero... qué...?

MAURICIO. Espacio, señor:
hoy mismo llega mi chico,
y aunque venga hecho un borrico
al fin viene hecho un doctor.
El muchacho es un borrego;
ha visto á la señorita...
y ello es que se despepita
por su hija de ustedé, don Diego.

DIEGO. (¡Cielos!)

MAURICIO. Con que si al rapaz
por yerno lo admite ustedé,
mi bendicion le daré,
mi hacienda luego, y en paz.
DIEGO. (Pues me gusta la tal boda;
creerá que me hace un favor...)

MAURICIO. Con que ¿qué ice ustedé, señor?
¿acomoda, ó no acomoda?

DIEGO. Por mi parte... ya ve ustedé...
es un enlace muy bello...
si Clara consiente en ello,
yo tambien consentiré.
Mas si su felicidad
tal vez con él no consigue,
no espere usted que la hostigue...
respeto su voluntad...

MAURICIO. ¡Hombre... Dios no lo permita!
buenamente es lo que quiero;
pero á la fuerza...? primero...

ESCENA VI.

DON DIEGO. MAURICIO. PETRONILA, *despues* CLARA.

- PETRONILA. Señorita, señorita.
 CLARA. Quién me llama?
 PETRONILA. Asi se está?
 Vaya, vamos: que es razon...!
 DIEGO. Dónde?
 PETRONILA. A esperar á Zenon.
 DIEGO. ¿Perdone usted...
 PETRONILA. Qué?
 DIEGO. No va.
 PETRONILA. Vaya, ejela usted, don Diego.
 DIEGO. Tengo que hablarla...
 MAURICIO. Ice bien,
 vete, Petra, y yo tambien.
 Con que Señor, d' aqui á luego.
 PETRONILA. Pero si no...
 MAURICIO. No hay mas pero
 que ³torrio d' aqui: cierra el pico
 y vete á aguardar al chico,
 que yo aqui en casa us espero.
(Vánse Mauricio por la izquierda, Petronila por el fondo.)

ESCENA VII.

CLARA. D. DIEGO.

- DIEGO. (Que sufra yo que un palurdo...
 reniego de mi destino!)
 CLARA. (No me atrevo á alzar los ojos...
 no hay duda, ya le habrá dicho...)
 DIEGO. Querida, no ignorarás
 que para mí es un martirio
 verme obligado á vivir
 entre rudos campesinos.
 CLARA. Señor, lo sé... (; Dios me valga!)
 DIEGO. Será muy bello este sitio
 y ofrecerá mil encantos
 al que otra cosa no ha visto;

mas, ten presente, hija mía,
 que para el pobre proscrito
 no hay lugares mas hermosos
 que aquellos en que ha nacido.
 Es verdad... (¡Esto va malo!)
 Estos labriegos son sencillos,
 tienen sano el corazon,
 son francos, muy compasivos...
 y es un modelo de todos
 nuestro honrado y buen Mauricio.
 (Aun hay esperanza...)

CLARA.
 DIEGO.

CLARA.
 DIEGO.
 CLARA.
 DIEGO.

Pero...

(¡Ah!)

Sus costumbres, sus dichos,
 su grosera educacion,
 y la humildad de sus títulos,
 se avienen mal con aquellos
 que nunca siervos han sido,
 y han gozado de la pompa,
 del esplendoroso brillo
 que siempre ofrece la corte
 á los nombres distinguidos.
 (¡Ay de mí!)

CLARA.
 DIEGO.

Por eso, Clara,
 mirando á lo sucesivo,
 y para evitar que un dia
 algun villano atrevido,
 al mirarnos colocados
 donde nuestra suerte quiso,
 ose elevarse á la alteza
 de tu nombre esclarecido,
 he dispuesto de tu mano
 en favor de mi sobrino...
 (¡Cielos!)

CLARA.
 DIEGO.
 CLARA.
 DIEGO.

El conde del Valle.
 ¿El conde, señor...?

El mismo.

El será mi salvador,
 y con su influjo confio
 que en breve nos sacará
 de la aridez de estos riscos
 para otra vez devolvernos

nuestro rango primitivo.
 Si tal consigues, hija mía,
 no encuentre premio mas digno
 que ofrecerle, que una esposa
 llena de encantos y hechizos.
 El te adora, su pasión
 con grande entusiasmo miro,
 y por si acaso lo ignoras...
 Clara, te doy este aviso.
 (*Vase por la derecha*)

ESCENA VIII.

CLARA.

¿Qué es esto, santos del cielo?
 ¿es realidad lo que he oído,
 ó acaso un sueño tenaz
 fatiga mi pobre espíritu?
 ¡Oh...! no, mi desdicha es cierta,
 mi corazón lo predijo:
 conozco bien de mi padre
 el carácter duro, altivo...
 mas, renunciar para siempre
 al leal, puro cariño,
 del que hoy lleno de esperanzas
 vuelve á su suelo nativo...
 es mucha crueldad... y en cambio
 ser del conde...! ¡qué suplicio!

ESCENA IX.

CLARA. MAURICIO.

MAURICIO. (Ya está sola... si don Diego
 vale un Perú por lo listo;
 ¡que pronto arregla las cosas...!
 pues señor, va bien, manífico!
 cuando venga mi Zenon
 y lo sepa... de ca brínco...)
 ¿Qué es eso?

CLARA.

Ah...!

- MAURICIO. ¿Está usted llorando?
- CLARA. No es nada, señor Mauricio...
- MAURICIO. Vaya, ¿y esos lagrimones que ruedan por los carrillos!
- CLARA. Yo no sé... tal vez será que el viento...
- MAURICIO. (Malo, malísimo...!)
Si no corre un pelo de aire.
(¿A que desprecia á mi chico?)
Vamos claros, señorita,
don Diego le habrá á usted dicho...
- CLARA. Sí señor...
- MAURICIO. Y á lo que veo,
eso le da á usted motivo
para llorar y aslijirse...!
- CLARA. Sí señor.
- MAURICIO. ¡Voto va crispo!
con que usted quiere matar
á mi Zenon por lo visto.
- CLARA. Ah...! no señor, si no es eso!
- MAURICIO. Pues diga usted entonces...
- CLARA. Digo
que soy la mas desdichada
del mundo.
- MAURICIO. ¡Cómo! ¿Salimos
con eso ahora?... ¡por vida...
que estoy hecho un basilisco!
¿Quién aqui le da pesares?
quiero saberlo...
- CLARA. ¡No!
- MAURICIO. ¡Vivo!
porque si llevo á perder
señorita, los estribos,
he de hacer un escarmiento
que suene en el paraiso.
- CLARA. Por Dios, baje usted la voz;
tal vez mi padre ya ha oido...
- MAURICIO. ¡Toma! ¿y qué? pues si el supiera...
si está en el ajo conmigo;
si por él no hay inconveniente
en que la boda...

(Latigazos y ruido de un carruaje que se aproxima.)

cuando el objeto es tan digno;
¿quién podrá permanecer
indiferente, pasivo...

Mas, observo que apagado
de tus ojos está el brillo
y hasta marchitas las rosas
de tu semblante divino.

¿Tú, Clara, tan abatida...?

CLARA.

No... (¡qué pesadez!)

MAURICIO.

(¡Qué pico!)

CONDE.

Oh! tienes razon, comprendo...

¿cuánto te habrás aburrido!

jóven, hermosa, sensible...

¿a quién no mata el fastidio

de soledad tan monótona?...
un día y otro lo mismo

sin tener con quien hablar,

ni sentir... ¡pueblos malditos!

y luego aquí entre salvajes...

MAURICIO.

(A que le rompo el bautismo.)

CONDE.

Mas todo tiene su fin...

(*Baja la voz.*)

el destierro ha concluido:

muy en breve, Clara bella,

serás de la corte el ídolo,

y yo me envaneceré...

MAURICIO.

(¡Hola! y se hablan al oído...)

CONDE.

(¡Oh! ¡cómo se ruboriza!

es un corazon novicio...)

pero... ¿tu padre no está?

CLARA.

Ahí dentro...

CONDE.

Fuera un impio
si las nuevas retardara
que en posta aquí me han traido.
¡Oh...! ¡cual va á ser su sorpresa!...
voy á verlo... Tio, tio...!

ESCENA XI.

CLARA. MAURICIO.

MAURICIO.

Vaya si el nene alborota.

CLARA. (No hay que esperar... lo estoy viendo...)

MAURICIO. Señorita... yo no entiendo de esta jerga ni una jota. Ha un rato que la dejé con su señor padre hablando; vuelvo, y la encuentro llorando y no me dice el por qué.

El antes me dijo á mí que era un enlace muy bello; usted conviene con ello, y llora... ¿pues qué hay aquí?

A poco viene ese guapo; con usted pega la hebra, y la abraza, y la requiebra... y nos pone como un trapo... Es verdad que si no fuera porque oí que era su primo... del trancazo que le arrimo le ablando la calavera.

Pero, en fin, usted le oyó con disgusto, con mal gesto, y á mí me basta con esto... por lo que hace al llanto, no.

Yo tengo acá mi interes... y quiero que sin reparo, señorita, hable usted claro sin aguardar á despues.

CLARA. No puedo... debo callar... y sabrá hacerlo mi boca, que... no es á mí á quien le toca en esta ocasion hablar.

¡Ah!.. no; primero morir: lleve el aire mi deseo, que ya desde aquí preveo cual va á ser mi porvenir. Y no juzgue usted, Mauricio, que podré nunca olvidar... ¡Oh!.. mucho me va á costar tan inmenso sacrificio. Que en estos sitios amenos, por esta paz y alegría... todo un reino trocaria

MAURICIO. Pues ahora lo entiendo menos.
Voces á lo lejos. ¡Viva!

CLARA. ¿Oye usted?

MAURICIO. Oigo, sí,
 es mi Zenon que entra ya...
 y los mozos... ¡Voto va!
(Voces mas cerca.) ¡Viva Zenon!

CLARA. ¡Ay de mí!

MAURICIO. *(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)*
 Pues; ahora yo quisiera
 decirle... ya tiés muger;
 pero esto de no saber
 si quedamos dentro ú fuera...

ESCENA XII.

CLARA, MAURICIO, PETRONILA *que entra precipitadamente.*

PETRONILA. ¡Ea!.. señor, ya está aquí:
 ahora acaba de entrar...
 ¡qué calor! en el lugar.—

MAURICIO. Con que ¿ya lo has visto?

PETRONILA. Sí;
 y viene como se fué,
 tan guapo, ¡tan... qué sé yo!
 ¡qué mozo! *(A Clara.)* Apenas me vió
 me preguntó por usté.

(Rumor confuso de voces. Mauricio con los brazos tendidos se vá por la puerta del fondo.)

MAURICIO. ¡Chiquio, chiquio... ven acá!

CLARA. *(Y ¿qué haré yo en tal estado?..*
 parece que me han clavado
 en este sitio...)

PETRONILA. ¡Aqui está!

(Aparecen en el fondo Mauricio y Zenon enlazados los brazos y rodeados de gente del pueblo.)

ESCENA XIII.

CLARA. ZENON. MAURICIO. PETRONILA. PUEBLO.

ZENON. Gracias, amigos...

Varios del pueblo. (Estrechándole la mano.) ¡Zenon!

ZENON. Nuestra amistad primitiva
conservaré mientras viva
grabada en el corazón.

(Al reparar en Clara se desprende de los brazos de Mauricio, y este queda á la puerta con Petronila recibiendo las enhorabuenas de los lugareños.)

Mas ¡cielos! ¿como no ví,
siendo de mi norte estrella,
que esa luz tan pura y bella
estaba alumbrando aquí?
Siempre juntos ¿no es verdad?
Pluguiese á Dios...

CLARA.

ZENON.

Clara mía...

dudando estoy todavía
de tanta felicidad.

CLARA.

¡Oh! que hoy tal vez con los dos
será la fortuna avara...

ZENON.

¡Cómo! ¿por qué?

DIEGO.

(Dentro.)

¡Clara!.. ¡Clara!..

CLARA.

¿Oyes?

ZENON.

Sí; mas...

CLARA.

¡Calla! Adios.—

ESCENA XIV.

ZENON. MAURICIO. PETRONILA. PUEBLO.

ZENON.

Se va... y al llanto se entrega...
¿qué es lo que debo temer?..

MAURICIO.

Petra, dales de beber
del mejor de la bodega.
¿Lo harás bien?

PETRONILA.

¡Vaya, si haré!

MAURICIO.

Pues, aleluya, á bailar,
y no dejéis de trincar
mientras us tengais en pié.
Adios, Roque, Blas, Rodrigo...
idos con la Madalena...

VARIOS.

Con Dios que sea en horaguena...

PETRONILA.

Muchachos venius conmigo.—

ESCENA XV.

MAURICIO. ZENON.

ZENON. Padre ¿qué es lo que ha pasado?
Clara está triste...

MAURICIO. ¿Sí?

ZENON. Sí;

¿por qué se aleja de mí
en llanto el rostro bañado?
Yo que este día esperé
como el mejor de mi vida...
la encuentro tan aflijida...
sepamos...

MAURICIO. Si yo no sé.—

ZENON. Pero ¿es posible?...

MAURICIO. (Callemos
hasta saberlo de fijo.)

Hombre, yo nada colijo...

déjalo que ya sabremos...

ZENON. Y ¿cuándo lo he de saber?..

¡Oh!.. algún misterio hay aquí
que... ¿es cierto padre? sí, sí...

MAURICIO. Dale, dale... ¿qué moler!

No te rompas la cabeza;

¿quién sabe lo que será?

¿no tienen ellos allá

sus motivos de tristeza?

¡Vaya! al instante malicias...

Ese joven que ha venido,

tal vez les habrá traído

algunas malas noticias.

ZENON. ¡Quién!

MAURICIO. Un primo, un señoron...

ahí dentro juntos están...

Pues! si á los diablos se dan

qué le hemos de hacer, Zenon?

ZENON. No sé qué presentimiento...

MAURICIO. Vaya, que no hay quien te aguante...

CLARA. } Pero ¿marchar al instante?

CONDE. } *Dentro.* } ¡Oh! sí...

DIEGO. } Al momento, al momento.

MAURICIO. Ya salen...

ESCENA XVI.

CLARA. D. DIEGO. ZENON. *el* CONDE. MAURICIO.

- CONDE. La brevedad
conviene. En mi silla.
- DIEGO. Pues.
- CONDE. Bien podemos ir los tres
con toda comodidad.
- DIEGO. Mauricio venga un abrazo.
- MAURICIO. Vaya pues... (si era sabido.)
con que ¿ya...
- DIEGO. Al fin se ha cumplido
de mis desdichas el plazo.
El Rey me vuelve su gracia
y mis títulos tambien.
- MAURICIO. ¡Aaa..! pues que sea para bien
sin que otra nueva desgracia...
- DIEGO. ¡Oh! ya no temo ninguna ;
he conseguido triunfar...
y yo haré en Madrid clavar
la rueda de la fortuna.
Ofrezco á usted desde aquí
cuanto tengo , y cuanto valgo...
y si allá servimos de algo...
- MAURICIO. ¡Pues, qué! ¿se van ustedes?
- DIEGO. Sí.
- ZENON. (¡Qué escucho!)
- DIEGO. Preciso es:
Hoy á la corte me llaman
y mi presencia reclaman
asuntos de alto interés.
Ya la posta nos espera.
- MAURICIO. Pero, señor.... ¿y de aquello...
- DIEGO. (Tomando la mano de Clara y disponiéndose
á marchar.) Soy el conde de Santello
y esta mi unica heredera.
¡Hola!..
- MAURICIO. (A Clara, bajo.) ¿Y qué haremos los dos?
- ZENON. Ve á Madrid.
- DIEGO. Mas...
(Alejándose con Clara y el Conde.)

Adios.—

ZENON. *(Recibiendo el pañuelo de Clara que besa y oculta entre las manos.)*

CONDE. *(A Diego.)* Lo de la boda ¿eh? ja... ja...
¡Ah!

ESCENA XVII.

ZENON. MAURICIO.

MAURICIO. ¡Qué señores! ¡voto á bríos!
se largan... pues ya se vé;
si un marques es mucho cuento;
y un palurdo es un jumento.
Que... *(Oyese partir el carruaje.)*

ZENON. Pronto te seguiré.

MAURICIO. ¡Buen viaje! Zenon, ¿qué dices?
Así se paga el favor...
nos ha dejado el señor
con un palmo de narices.
Pues hace poco, decía
el tal Marques de Santello
que era un enlace muy bello...

ZENON. ¡Pues qué! ¿D. Diego sabia...

MAURICIO. Como dos y una son tres.
¡Toma! esta mañana, aquí,
se la pedí para tí...

ZENON. Con que ¿nos desprecia?..

MAURICIO. Eso es.

ZENON. ¿No somos bastante buenos
para aspirar á la alteza
de su esquisita nobleza?..

MAURICIO. Zenon, nos tienen en menos.

ZENON. Toda mi sangre daría
por humillar una vez,
el orgullo, la altivez
de su pomposa hidalguía.

MAURICIO. ¡Bien!.. eso... chico, así, así...
mucho me gusta ese fuego...
¡qué diablo! tú no eres lego
(Señalando á la frente.)
y tienes mucho de aquí.

Hombre eres, no te esazones
tienes amor y ambicion...
y tú no debes Zenon
de vivir entre terrones;
con que lárgate á Madrid
y á ver si conquistas gloria...

(Saca del armario un rollo de pergamino.)

ZENON. ;Padre!..

MAURICIO. Esta es tu ejecutoria,
tan buena cual la del Cid.

ZENON. ;Ah!..

MAURICIO. En lo que vale repara;
y si algun alma de roble
te dice que no eres noble...
arrójasela á la cara.

Y gasta en llegando allí
coche, caballos y galas...
tiende sin miedo las alas
que tu padre queda aquí.

ZENON. Pero ¿ahora ha de volver
á separarnos un sueño?..

MAURICIO. Te han dicho que eres pequeño
y grande te quiero ver.

Aquí no haces falta alguna,
y... anda que tal puede dar,
que logres tambien clavar
la rueda de la fortuna.

Clara suspira por tí;
de su gente has visto el porte,
conque hazles ver en la corte
lo que no vieron aquí.

ZENON. ;Ah! ;padre del corazon!
en Dios y en usted confio.

(Abrazados hasta el fin del acto.)

MAURICIO. Vete con él, hijo mio,
llévate mi bencicion
Que no nos vuelvan jamas
á hacer doblar la cerviz...

(Aparte y volviendo el rostro para ocultar su emocion.)

Si logro verlo feliz
no me importa lo demas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

. : así que, las relaciones entre España y Francia se hicieron severas, hasta que el monarca francés, conociendo que debía captarse la benevolencia de su antiguo aliado, mudó el embajador que tenía en Madrid; pero á pesar de esto no adelantó nada. Por otra parte la Inglaterra deseaba al mismo tiempo tener de su parte al gabinete español, y de esta suerte se movía una especie de lucha diplomática entre los agentes franceses é ingleses para ver cuál de las dos naciones conseguiría preponderancia en Madrid. Por entonces subió también al ministerio el marques de la Ensenada.

(Historia general de España.)

Acto segundo.

PERSONAS.

ACTORES.

LA MARQUESA DE T. . . . , ca- marera mayor.	<i>Doña Matilde Díez.</i>
CLARA.	
D. ZENÓN DE SOMODEVILLA.	
EL CONDE DEL VALLE.	
D. DIEGO FAJARDO.	
EL DUQUE....., embajador de <i>Francia.</i>	<i>D. Pedro Sobrado.</i>
MISTER KEEN, embajador de <i>Inglaterra.</i>	<i>D. Lázaro Pérez.</i>
<i>Un portero de estrados.</i>	

Salon en casa de la marquesa, suntuosamente alhajado. En el fondo dos puertas, de las cuales una está cerrada: á la izquierda una mampara que da entrada al camarín de la marquesa.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE. EL PORTERO.

PORTERO.	<i>(Entreabriendo la mampara.)</i> Su esclencia os ruega, que la espereis solo un momento, y os digneis tomar asiento.
DUQUE.	Con grande placer lo haré. Suplicadle en nombre mio, que no es bien que se moleste...

aunque el disgusto me cueste
de no verla...

PORTERO.

Bien. (*Vase cerrando la mampara.*)

ESCENA II.

EL DUQUE.

Confío

en ella á fé de frances,
si consigo mi intento,
ya no temo al parlamento
ni al embajador inglés.
El astuto Mister Kin (1)
con el ministro hace liga,
y allá á su manera intriga...
mas ¿qué ha de alcanzar al fin?
todo se va en pareceres,
y en notas, y en informar...
¡qué diablos! para intrigar
son mejores las mugeres.
Esta tiene buen humor,
es vivaracha, traviesa...
y sobre todo es marquesa
y camarera mayor,
y de encumbrado abolengo,
muy querida de los reyes,
y son sus caprichos leyes...
pues señor, á ella me atengo.
Con tacto fino, y constancia,
lisonjas... lograré, si;
que las mugeres aquí
serán lo mismo que en Francia.
¡Oh!... mi astucia vencerá
la habilidad del inglés...
y ya veremos despues...
pero al asalto, aqui está.

(*Abre el portero la mampara, y al pasar por delante la*

(1) Se escribe como debe pronunciarse.

Marquesa, le hace una reverencia y se retira por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

LA MARQUESA. EL DUQUE.

- MARQUESA. ¡ Ah, señor embajador!
mi tardanza perdonad,
pues no esperaba en verdad
visita de tanto honor.
- DUQUE. Señora marquesa, á fé,
que el que á esta casa ha venido
para ser favorecido,
soy yo.
- MARQUESA. No alcanzo el por qué;
mas vos sois con demasía
modesto á par que brillante,
y como frances, galante.
- DUQUE. ¿ Quién con vos no lo seria?
- MARQUESA. ¿ Cómo os va, no me decís,
en nuestra España?
- DUQUE. Señora,
la España es encantadora;
un delicioso pais.
¿ Cómo he de estar sino bien
donde alterna la cultura
con la gracia, la hermosura,
y con el valor tambien.
Estando en Lóndres oí,
mil veces en cada dia,
que aqui nada mas habia
que hordas de árabes...
- MARQUESA. ¿ Sí?
- DUQUE. Sí.
- MARQUESA. Ya veis, ya veis los ingleses;
los hijos de la Bretaña
cómo tratan á la España.
(Lo mismo que los franceses.)
- DUQUE. Mas llegué, y me convencí
de que solo la malicia
puede con tanta injusticia

- hablar de la España así.
- MARQUESA. Elojio... poco sincero,
pero, Duque, á no dudarlo,
me place mucho escucharlo
de boca de un extranjero.
Porque tan avaros son
de elojios y buenos modos,
que hay que aprovecharlos todos
en esta pobre nación.
- DUQUE. La Francia, señora mia,
aunque antes rencillas hubo,
con España siempre tuvo
estremada simpatía.
Os lo juro por quien soy;
la respeta como á igual,
y su cariño ya es tal
que cuando en mi corte estoy
de la vuestra hablar escucho
con esa noble jactancia...
- MARQUESA. ¡Ah!.. sí, ya sé que á la Francia
la España interesa mucho.—
- DUQUE. Son de familia intereses
que nos conviene ligar,
pues lo quieren estorbar
esos piratas ingleses.
La alianza nos disputa,
Mister Kin activo, osado,
y ya todo lo ha minado
con su política astuta
- MARQUESA. Vaya que odiais por demas,
Duque, á la nacion inglesa.
- DUQUE. No me deis nada, Marquesa,
con mercaderes jamás.
- MARQUESA. Ved que son muy poderosos.
- DUQUE. Aun es mayor su arrogancia:
despues de España ó de Francia
son los primeros colosos.
Mas si se les deja obrar,
ya vereis á los isleños,
poco á poco hacerse dueños
absolutos de la mar.
En corso sus galeones

armados, apresan, huyen.,
 y lentamente destruyen
 la escuadra de los Borbones.
 Surjen como el pensamiento
 sus maquiavélicas artes,
 y ejercen por todas partes
 un comercio fraudulento.
 No cumplen pactos jamás,
 y reclaman por do quiera
 privilejios de bandera
 sobre todas las demas.
 Volved, si os place la vista,
 Marquesa, á climas lejanos,
 y allí los vereis ufanos
 gozando de su conquista.
 Los dejamos, claro está;
 ¿qué extraño es que nos superen,
 y que arrebaten si quieren
 la India y el Canadá?

MARQUESA. Son arriesgadas empresas
 y ¿lograrán... eh?...

DUQUE. Seguro!

MARQUESA. Pues estan en grande apuro
 las posesiones francesas.

DUQUE. Tambien las de España.

MARQUESA. ¡Va!

DUQUE. ¡Oh!.. no lo dudeis, sí, sí.

MARQUESA. Nada tiene España allí.

DUQUE. Pero tiene mas acá.

Y reparad que al presente
 anhela la Gran Bretaña
 las posesiones de España
 en el nuevo continente.
 Por de pronto destruirá
 su comercio, en cuanto cabe,
 y despues, despues... ¿quién sabe
 si á conquistarlas irá?

MARQUESA. Fse riesgo no lo alcanza
 mi entendimiento; ¡gran Dios!
 si ellos lo mismo que vos
 reclaman nuestra alianza.

DUQUE. Pues, justamente, eso es,

nos tratan de desunir
 para triunfar y lucir
 sin obstáculo despues.
 Mas si la Francia y España
 se unieran, por vida mia,
 que mas despacio se iria
 entonces la Gran Bretaña.
 Cruzadas nuestras banderas,
 al ver nuestro pabellon
 la nebulosa Albion
 temblaria en sus riberas.
 Y nuestra marina y tropa
 terror al mundo darian,
 y gran peso añadirian
 en la balanza de Europa.
 No sé cómo, & la verdad,
 vuestro profundo monarca
 que tanto á la vez abarca,
 no admite nuestra amistad.
 Marquesa, si como el sol
 está claro...

MARQUESA. ;Oh!.. por supuesto;

pero el Rey Fernando el sexto,
 amigo, es muy español.

DUQUE. Si alguna bella española
 su real ánimo inclinára...
 tal vez con esto bastára...

MARQUESA. Y ¿quién sospechais...

DUQUE. Vos sola.

MARQUESA. ;Yo tan supremos poderes!
 Duque, estais equivocado:
 si en el consejo de Estado
 no admiten á las mugeres.
 Es cierto que me oye el Rey
 con estremada bondad;
 mas, con él, mi voluntad
 no tiene fuerza de ley...
 Mi buen humor le entretiene
 y hasta consultar le place
 mi opinion, y... siempre hace...
 lo que mas cuenta le tiene.

DUQUE. No obstante, vuestra valía...

(*El portero anuncia desde la puerta á*

Mister Kin.

DUQUE.

¿Visita...

MARQUESA.

¡Oh!—Sí;

suele venir por aquí
á comer tal ó cual día.

DUQUE.

Desconfiad, sed severa
con él...

MARQUESA.

Y ¿con qué pretexto?

DUQUE.

(¡Maldito ingles!.. hasta en esto
me gana la delantera.)

MARQUESA.

¿Severa? ¡libreme Dios!
en mí fuera cosa estraña...
pues si ama á la pobre España.
con tanto afan como vos.

DUQUE.

Sí; para hacernos la guerra...

(*Al presentarse Keen, se separa el Duque de la Marquesa, y aquel dice desde la puerta.*)

ESCENA IV.

MARQUESA. KEEN. DUQUE.

KEEN.

Me vuelvo... si es de importancia.

MARQUESA.

¡No!..

KEEN.

Dios proteja á Francia.

DUQUE.

Que Dios salve á la Inglaterra

KEEN.

Dudé de hallaros acá,
mas de ello me convencí
cuando vuestro coche ví
á la puerta...

DUQUE.

Claro está.

Y alguno ahora cual vos
al ver el vuestro y el mio,
decir podrá á su albedrio
que estamos aquí los dos.

MARQUESA.

Cierto; mas, por de contado,
dirá la gente que pasa
al verlos, que en esta casa
vive el ministro de Estado.

KEEN Y DUQUE. ¡Ja!.. ¡ja!.. ¡ja!..

MARQUESA.

¿Pues no?.. señores,

¿qué otra posada, decid,
se ha visto honrada en Madrid
con tantos embajadores?
Si la Europa en este día
aquí nos viera reunidos
y á la vez tan divertidos
¿qué os parece que diría?
No hay que dudar...

KEEN.

MARQUESA.

Sin tardanza

se armarían los Estados,
temiendo los resultados
de nuestra triple alianza.

KEEN.

Aun cuando fuera de dos,
le daríamos que hacer.

MARQUESA.

De ese mismo parecer
es el Duque...

DUQUE.

Sí, por Dios.

KEEN.

¡Hola!.. Duque, ¿tambien esa?

DUQUE.

(Pierdo el tiempo ya lo veo.)

Lo dije porque lo creo...

y... (*Saludando.*) Tengo el honor, Marquesa...

MARQUESA.

Os vais!..

DUQUE.

Sí.

MARQUESA.

¿Tan de improviso?

y ¿vais á dejar á España
á solas con la Bretaña?

DUQUE.

(Aprovecharé el aviso.)

¿No os molesto...

MARQUESA.

¿De qué modo

os pudisteis figurar...

DUQUE.

Kin tal vez os irá á hablar...

KEEN.

Ya lo tengo dicho todo.

DUQUE.

De esa manera prometo...

KEEN.

Acepto vuestra promesa,
porque hablo con la Marquesa
pocas veces en secreto.

DUQUE.

Pues yo siempre con testigos...

KEEN.

Yo tambien; es singular...

MARQUESA.

(¡Oh! si pudiera enzarzar
á nuestros caros amigos!..)

Con que concluyó la guerra,
nuestra sangrienta demanda

- allá en Italia y Holanda...
- DUQUE. A pesar de la Inglaterra...
- KEEN. Cómo!... Duque, tal maldad en nosotros supondreis?
- DUQUE. Y vos, Kin, ¿me negareis que lo dicho es la verdad?
- MARQUESA. (Presumo que he conseguido...)
- DUQUE. ¿Quién sino vuestra nacion en la comun disension ha sacado mas partido? Apresamientos navales, venta de armas, y pertrechos... Mister Kin, estos son hechos efectivos y reales.
- KEEN. Pero eso no es alargar de modo alguno la guerra; el comercio de Inglaterra es libre por tierra y mar.
- DUQUE. Sí, sí; mas la Gran Bretaña cuando á Aquisgran acudió, por cierto... no se mostró muy galante con la España.
- KEEN. No estuve en la conferencia...
- DUQUE. Se pedia en los tratados ceder entre otros ducados los de Parma y de Plasencia, para el Infante de España don Felipe de Borbon.
- KEEN. Bien, y ¿esa negociacion acaso Duque os estraña?
- DUQUE. Francia obró con mas cautela, mas su intencion dejó ver...
- KEEN. ¿Y cual?
- DUQUE. ¿Cual? la de ejercer de esta nacion la tutela.
- KEEN. ¡Ja!... ¡ja!...
- MARQUESA. Aspira á su amistad...
- DUQUE. Y á su ejército y armada.
- KEEN. ¡Kin!
- MARQUESA. ¡Duque!
- DUQUE. ¡Señores!...
- Nada...

- KEEN. Teneis razon, es verdad...
¿Lo veis? sin pensar en ello,
los dos ya... ¡cuanto me pesa!
Y bien, mañana, Marquesa,
¿vais al baile de Santello?
- MARQUESA. Nada hasta ahora me han dicho...
supongo que ireis los dos...
- KEEN. No faltaré!...
- DUQUE. Si vais vos...
- MARQUESA. Gracias... ¡ja! ¡ja!.. ¡qué capricho!
- KEEN. Pero aquí, señora mía,
nos estamos muy despacio
y vos ireis á palacio...
- MARQUESA. Es temprano todavía.
- KEEN. No obstante... Duque, ¿os venís?
- DUQUE. Sí, Mister Kin, no temáis...
- KEEN. ¡Yo!...
- MARQUESA. Iguales los dos quedáis
si juntos los dos salís...
- (*Saludan. El Duque llega antes á la puerta que Mr. Keen,
y este al ver que va á salir le detiene por el brazo.*)
- KEEN. Tened, que es mucha arrogancia
delante de mí pasar.
- DUQUE. Este, Kin, es el lugar
que ocupa siempre la Francia.
- KEEN. ¡Por san Jorge!...
- MARQUESA. (*Dirijiéndose á la otra puerta del fondo que
abre de par en par.*)
Bien, ¿la guerra
vais á romper desde ahí?
Vaya Francia por allí,
y por aquí la Inglaterra.
Y adviertan bien por su vida
la Francia y la gran Bretaña,
que en esta tierra de España
hay para todo salida.
- (*Vanse los dos cada uno por distinta puerta.*)

ESCENA V.

LA MARQUESA.

La broma ha sido completa;

gracias que pude sufrir...
 pero... ¿á quién no hará reir
 su ridícula etiqueta?
 Los dos esconden fatales
 proyectos, y disimulan,
 y me obsequian, y me adulan
 y... deixo á los dos iguales.
 ¡Qué! capaz me juzgais... ¿Hola?
 de abusar de mi influencia
 para hollar la independenciam
 de la nacion española?
 Habreis dicho, sin dudar,
 adulemos su poder
 porque ella al cabo es muger
 y facil de alucinar...
 La errasteis, pobres rivales,
 si me juzgásteis así;
 que son las hembras aquí
 antes que todo... leales.
 (*El portero anuncia á*)
 El conde del Valle.

MARQUESA.

¡Va!...
 me alegro de su llegada,
 que estoy por cierto cansada
 de la política ya...

ESCENA VI.

LA MARQUESA. EL CONDE.

CONDE.

¡Oh!... reina de mi albedrío.

MARQUESA.

Adios, conde: ¿qué decis?

¿á convidarme venís
 á nombre de vuestro tío?

CONDE.

No, Marquesa...

MARQUESA.

Bien está...

CONDE.

Para que le honreis, despues
 mi tío el noble Marqués
 personalmente vendrá.

Yo, señora, solo á veros
 antes que nadie he venido...

MARQUESA.

Pues hoy os habeis dormido;

- no sereis de los primeros.
 CONDE. Teneis razon, al entrar
 he visto salir á Kin...
 Y bien, Marquesa; por fin
 os dignareis cooperar...
- MARQUESA. No habéis de eso, os lo suplico:
 en conspirar habéis dado...
 y en ir estais empeñado
 á Ceutá ó á Puerto-Rico.
- CONDE. ¡Cómo!... señora, ¿es posible
 que tal consintierais vos?
- MARQUESA. Sí, Ricardo; sí por Dios,
 porque sois incorregible.
 Y estoy empeñada en ello
 ya que me hicisteis errar
 cuando logré levantar
 el destierro de Santello.
- CONDE. Y ¿os pesa?
- MARQUESA. Sí.
- CONDE. ¿Teneis queja...
- MARQUESA. Tambien; pues por lo que veo
 obráis segun su deseo
 y á su capricho os maneja.
 Y mirad que estan fundadas
 las dudas que he concebido...
- CONDE. No...
- MARQUESA. Sí, desde que ha venido
 habéis vuelto á las andadas.
 ¿Pensais que á mí se me oculta
 lo que Santello pretende?
 Nada de eso: ya se entiende
 que solo su bien consulta.
 Anhela por horas ver
 de Inglaterra aquí la huella,
 y con el apoyo de ella,
 subir despues al poder.
- CONDE. Marquesa, ¿cómo, ó por donde
 os pudisteis figurar...
- MARQUESA. Sospecho...
- CONDE. No; es delirar...
- MARQUESA. Dejémoslo al tiempo, conde.
 Pero si llego, por Dios,

su oculto objeto á entrever,
al destierro ha de volver...
acompañado de vos.

CONDE.

Estais hoy como jamás...

Marquesa, será preciso...

MARQUESA.

Esto, conde, es un aviso...

CONDE.

¡Va...

MARQUESA.

No hablemos de ello mas.

CONDE.

(¡Qué peregrino sermon!

Está enojada... y ¿por qué?)

MARQUESA.

¿Con que os casais?

CONDE.

(¡Ah! Ya sé...

está visto, zelos son.)

Mi tio quiere en herencia
legarme á Clara y sus títulos...

mas si firmo los capítulos
será con vuestra licencia.

MARQUESA.

¡Mi licencia! Id y firmad...

ya la teneis, ¿yo negarla?

CONDE.

No quisiera yo alcanzarla
con tanta facilidad.

MARQUESA.

Y ¿por qué? ¿Vaisme á exigir
que de otro modo me porte?

¿No veis que entonce en la corte
dariammos que decir?

CONDE.

¡Ah! sí, sí; teneis razon:

Marquesa, á todo me allano;

será de Clara mi mano

y vuestro mi corazon.

MARQUESA.

Amigo, oferta tan bella

bien la quisiera aceptar;

pero... podeis conservar

una y otro para ella.

CONDE.

¿Qué es esto? Quereis romper
por todo? No os ofendí...

MARQUESA.

Es que satisfago asi

mi vanidad de muger.

CONDE.

No es eso; quien tal responde

lleva su plan embozado...

decid que os habeis cansado

de los obsequios del conde.

Que otro mas feliz doncel

cautiva ese corazón,
y os valeis de esta ocasión
para deshaceros de él.

MARQUESA.
CONDE.

¿Todo eso pensais de mí?
Nada ignoro, no os asombre,
sé que dais entrada á un hombre
con grande misterio, aqui.

MARQUESA.
CONDE.

¿Misterio!

Ved si me quejo...

MARQUESA.

Con él no ha entrado jamás;
es un joven nada mas
á quien estimo y protejo.
Y ¿os da zelos? ¡Bien por Dios!
y... ahora me haceis caer
en que puede sostener
la comparacion con vos.
Y con ventaja, ardimiento
y nobleza, y gallardia...
todo esto tiene, á fé mia,
y sobre todo... talento.
Es decir que yo...

CONDE.

MARQUESA.

No tal,
solo esto es haceros ver
que acaso podeis tener
un formidable rival.

CONDE.

Si ya estais tan preocupada
y en su favor prevenida...
facil será mi caida...
¿Qué decís?

MARQUESA.

No digo nada.

CONDE.

¿Nada, Marquesa?

MARQUESA.

Así es.

CONDE..

Con que... talento...?

MARQUESA.

Cabal.

CONDE.

¿Y de fortuna?

MARQUESA.

Tal cual.

CONDE.

¿Cuándo he de verlo?

MARQUESA.

Después.

CONDE.

¿Vendrá pronto?

MARQUESA.

¿Qué sé yo!

CONDE.

¿Adónde concurre?

MARQUESA.

Aqui.

- CONDE. Y ¿yo le conozco?
 MARQUESA. ; Oh! sí
 CONDE. Decidme su nombre...
 MARQUESA. ; Oh! no.
 CONDE. ¿Por qué le ocultais?
 MARQUESA. ; Por qué?
 CONDE. ¿Temeis que yo...
 MARQUESA. Nada temo.
 CONDE. ¿El os ama?
 MARQUESA. Y con extremo.
 CONDE. ¿Y tambien vos...
 MARQUESA. Yo no sé.
 CONDE. Que no lo sabeis...
 MARQUESA. Aun no.
 CONDE. Pues no lo entiendo.
 MARQUESA. Yo sí.
 CONDE. Pero ¿en quién consiste?
 MARQUESA. En mí.
 CONDE. Pero ¿quién me explica...
 MARQUESA. Yo.
 CONDE. ¿Enojada estais?
 MARQUESA. Ja! ja!
 CONDE. ¿Conmigo tal vez?
 MARQUESA. Un poco...
 CONDE. ¿Serán celos?
 MARQUESA. ¿Estais loco?
 CONDE. ¿Pues qué es ello?
 MARQUESA. Ello dirá.
 CONDE. Me aturdís, me enloqueceis...
 no teneis ;viven los cielos!
 ni á él amor, ni de mí celos...
 Pues entonces, ¿qué teneis?
 Explicádmelo, por Dios,
 cumpliendo vuestra promesa...
 pero entre tanto, Marquesa,
 firmemos la paz los dos.
 Que es muy triste, á la verdad,
 mirar un rostro tan bello
 asi...
 (El Portero, anunciando á)
 El marqués de Santello.
 CONDE. ;Mi tio! Disimulad...

porque no nos tiene cuenta
que el marqués llegue á saber ..
cuando esto nunca ha de ser
mas que una breve tormenta.

MARQUESA. Descuidad, que no sabrá...
¿con quién viene? Oigo mormullo...
CONDE. (Está picado su orgullo...
pero ella se amansará.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA. CLARA. D. DIEGO. EL CONDE.

MARQUESA. ¡Santello!... ¿Clara tambien?
DIEGO. Con iustancia me ha pedido
veros, y la he complacido.
MARQUESA. ¡Oh!... y habeis hecho muy bien.
Venid, sentaos á mi lado...
(*Se sientan juntas.*)

DIEGO. Viene á daros, segun creo,
gracias por el alto empleo
que en palacio le habeis dado.

MARQUESA. ¿Por tan poco? no, jamás;
me importa vuestra ventura:
por nobleza y hermosura
vos Clara mereceis mas.

(*D. Diego se reune con el Conde que estará á cierta distancia de las señoras.*)

CLARA. Pero es de aprecio tal muestra,
que guardaré siempre aqui;
no por lo que ello es en sí,
sino porque es cosa vuestra.

(*Siguen aparte.*)

DIEGO. ¿Has visto á Kin? (*Bajo al Conde.*)

CONDE. A la entrada.

DIEGO. Y ¿qué tal?

CONDE. Hasta ahora, bien.

DIEGO. ¿Habló con ella?

CONDE. Tambien.

DIEGO. Y ¿qué ha conseguido?

CONDE. Nada.

DIEGO. Al toque de la oracion..

(Continúan hablando aparte.)

MARQUESA. A la Reina he complacido,
pues me ha dicho que he tenido
con vos muy buena eleccion.
Ya sois camarista, Clara;
por amiga me teneis;
y á mucho aspirar debeis
sino es nuestra suerte avara.
Entre tanto, pues ya es moda,
ese empleo, bueno ó malo,
aceptad como regalo
de vuestra próxima boda.
¡Ah!..

CLARA.

MARQUESA.

¿Suspirais?

CLARA.

Sí, Marquesa...

¿para qué os lo he de negar?

MARQUESA.

¿Por qué?.. me haceis sospechar...
hablad, porque me interesa
vuestra fortuna...

CLARA.

¡Por Dios!

si nos oyen desde allí..

MARQUESA.

Estan distraidos sí,
y á gran distancia los dos.
Nada temais...

CLARA.

¡Ah, señora!

vos que todo lo podeis
y tanto me protejeis..

¡salvadme por Dios ahora!

MARQUESA.

¿De que riesgo estais cercada?
Tened confianza en mí...
¿tal vez ese enlace?...

CLARA.

Sí,

va á hacerme muy desgraciada.

MARQUESA.

Calmad vuestra agitacion...
¿acaso algun otro empeño..

CLARA.

Lo acertásteis.

MARQUESA.

¿Otro dueño

tiene vuestro corazón?

CLARA.

Tres años há..

MARQUESA.

Y por fortuna
es digno de vos?

CLARA.

Señora,

yo solo sé que me adora...

MARQUESA. Pero ¿es humilde su cuna?

CLARA. Mi padre es de esa opinion;
mas no es tanta su bajeza;
pues si no heredó nobleza...
la tiene en el corazon.

DIEGO. (*Bajo al conde.*) El ministro á no dudar
firmará el proyecto mio,
y entonces...

CONDE. Silencio, tio;
no demos que sospechar...

MARQUESA. Descuidad.

CLARA. ¡Ah!

MARQUESA. Que no suene...

¿Entendeis?...

CLARA. Contad con ello...

MARQUESA. Aqui se acerca Santello...
el disimulo conviene.

Marqués, sois poco galante.

DIEGO. ¿Y por qué?

MARQUESA. Porque parece
que solo el conde merece
vuestra atencion... adelante.

DIEGO. ¡Oh! no; porque justa fuera
entonce esa observacion...
Para llevar mi atencion.
sereis siempre la primera.
Mas cuando juntas se ven
dos jóvenes, de una edad,
aprecian la libertad...
y por eso...

MARQUESA. Bien, muy bien
sabeis desfacer entuertos.
¡Ah! Marqués! como ninguno
teneis el don oportuno
de enmendar los desaciertos.

DIEGO. Antes que, juzgando asi
por desacierto lo deis...
os suplico que me honreis
mañana...

MARQUESA. ¡Mañana!

DIEGO. ¡Sí!

- A mi hija Clara, señora,
festejar tengo pensado,
y verla quisiera al lado
de su ilustre protectora.
- MARQUESA. Don Diego, no faltaré:
ya que es Clara, y con razon,
la reina de la funcion,
á honrarme con ella iré.
- DIEGO. Tal favor...
- MARQUESA. Tambien á allí,
pues que no os lo he presentado,
me acompañará mi ahijado...
- DIEGO. ¿Ahijado?...
- CONDE. Y ¿quién?...
- (Zenon aparece en una de las puertas del fondo.)
- MARQUESA. Hélo aquí.

ESCENA VIII.

MARQUESA. CLARA. ZENON. DON DIEGO. CONDE.

- CLARA. (¡Cielos!)
- DIEGO. (¿Será esto verdad?)
- CONDE. (Y sin anunciarse entró...)
- MARQUESA. Nombrándoos estaba yo...
llegad, amigo, llegad.
Permitidme que os presente
á Zenon Somodevilla,
recien venido á esta villa,
mi protejido, y pariente.
- DIEGO Y CONDE. Pariente!
- CLARA. (Con alegría.) (¡Qué escucho!...)
- ZENON. Pues...
su pariente.
- DIEGO. ¿Quién creyera
que á tan elevada esfera...
ZENON. Ahí vereis, señor Marqués.
CONDE. Yo os he visto y no sé dónde...
ZENON. En la Rioja...
CONDE. ¡Ah!... sí por Dios...
¿quién me dijera que vos...
ZENON. Pues ahí vereis, señor Conde.

- MARQUESA. Con que, sois por lo que veo,
antiguos conocidos...
- DIEGO. (*Con embarazo.*) Sí...
allá en su pueblo le ví...
y á su padre...
- ZENON. Bien lo creo.
Como que solo el Marqués
en su desgracia halló abiertas
de aquella casa las puertas
sin dolo y sin interés.
Allí durante tres años...
tres fueron, hora tras hora,
llorando estuvo, señora,
del mundo los desengaños.
Y allí en ese tiempo... va!
hasta honró mi pobre mesa...
figuraos, noble Marquesa,
si á mí me conocerá.
Con efecto...
- DIEGO. (*¡Qué risita!...*)
- CONDE. (*¡Qué sospecha!...*)
- MARQUESA. Ya lo veis...
- ZENON. ¿Y tambien conoceréis
á esta bella señorita?
- MARQUESA. ¡Oh!... sí...
- ZENON. (*A Clara.*) ¿Por qué os sonrojais?
Y vos, mi noble pariente,
¿cómo al verla, diligente
á saludarla no vais?
- MARQUESA. No lo estrañeis, pues temia
que con el tiempo pasado
tal vez se hubiese olvidado
la humilde persona mia.
(*Acercándose á Clara.*)
Pero tan bella ocasion
aprovecharé en verdad.
Señorita... perdonad...
- ZENON. (*Los vende esa turbacion.*)
- MARQUESA. (*Bajo.*) (*Esta noche...*)
- ZENON. (*¡Hola! ¡secreto?...*)
- MARQUESA. (*Bajo.*) ¿Que nos observan ahora!...
- CLARA. (*Alto.*) Esta es la espresion, señora,
- ZENON.

- de mi profundo respeto.
 CONDE. (*A don Diego.*) Vámonos...
 MARQUESA. Y ¿qué hora es?
 ZENON. La misma en que acostumbrais
 ir á palacio.
 MARQUESA. (*A Clara, Diego y Conde que se disponen pa-
 ra marchar.*)
 ¿Ya os vais?...
 DIEGO. (*Saludando.*) Sí señora...
 MARQUESA. Adios, Marques,
 Clara...
 DIEGO. Quedaos...
 MARQUESA. Hasta allí...
 CONDE. (*A Zenon.*) ¿Os quedais vos?
 ZENON. Claro está.
 CONDE. Pues ¿no veis que á salir va?
 ZENON. (*Sentándose.*) Pues señor, me quedo aquí.
 CONDE. Como gustéis... (*Aparte y retirándose.*)
 ¡Qué altanero
 y ufano porque le he dicho...
 (*Al pasar por el lado de la Marquesa.*)
 Será un lijero capricho...
 eh?...
- MARQUESA. ¿Quién sabe...? (*Saludando.*) Caballero...

ESCENA IX.

LA MARQUESA. ZENON.

- MARQUESA. Se fueron ya; ¡qué fortuna!
 esta gente no me deja...
 ¿Teneis de ella alguna queja?
 me parece que...
 ZENON. Ninguna...
 MARQUESA. Ninguna?... mirad que yo...
 ZENON. Sí, quejas que se olvidaron;
 mi amor propio rebajaron
 una vez... mas, ya pasó.
 MARQUESA. ¿Y eso os llegó á suceder
 porque á Clara... estando allí...
 ZENON. ¡Quién os ha dicho!..
 MARQUESA. (*El es, sí...*)

Son cosas que una muger
suele al punto adivinar...
Vamos, y ¿en tal situacion,
decid, bajo confesion,
pensais ó no renunciar...

ZENON. Les quisiera devolver
el ultraje que me hicieron...
allí en poco me tuvieron...

MARQUESA. En mucho os han de tener.

ZENON. Que no me insulten jamás
con su soberbia, señora;
á esto solo aspiro ahora.

MARQUESA. ¿Y á nada mas?

ZENON. Nada mas.

MARQUESA. Yo el camino os abriré,
para que halleis cara á cara
al padre de doña Clara;
(mas de ella te apartaré.)

ZENON. ¡Ah!..

MARQUESA. Pero calmad mi afan:
Ya sabeis que en fiera guerra
hoy la Francia y la Inglaterra
por nuestra alianza estan. —

ZENON. Y ¿qué importa que lo estén?

MARQUESA. ¡Oh!.. sí; ¿por cuál estais vos?

ZENON. Por ninguna de las dos.

MARQUESA. Somodevilla, muy bien:
me agrada, viven los cielos,
lo que acabais de decir:
tan alto habeis de subir
que hasta al monarca deis celos.

ZENON. ¡Marquesa!.. dudando estoy...

MARQUESA. Pues no tengais duda alguna,
que vuestro brillo y fortuna
van á empezar desde hoy.—
Y para que se disipe
vuestro asombro... os han nombrado...
¿Qué?

ZENON. Secretario privado
del Infante D. Felipe.

ZENON. Tan grande merced... ¡ay Dios!..

MARQUESA. A Italia con él ireis...

- ZENON. ¿A Italia?..
- MARQUESA. Sí; ¿qué teneis?..
- ZENON. Que en España os quedais vos...
- MARQUESA. ¿Y os pesa el que quede aquí
vuestra amiga y protectora?
- ZENON. ¿Podeis dudarlo, señora?
- MARQUESA. Pues no estareis mucho allí.
- ZENON. ¡Ah! ¡qué habeis dicho!
- MARQUESA. No sé...
Adios, buscadme en palacio,
que allí hablaremos despacio
y al Rey os presentaré.
- ZENON. Mas... perdonad mi porfia...
- MARQUESA. Es tarde... ya hallareis modo...
(Retirándose.)
(Si á mí me lo debe todo
la victoria será mia.)

ESCENA X.

ZENON.

¿De esperanza tales nuevas..?
¿es cierto que las oí?..
hombres... amor... ¡Oh!.. sí!
¡Fortuna!.. ¿adónde me llevas?
Lánzate audaz sobre el viento,
mi pensamiento te sigue...
no temas no, que fatigue
tu vuelo mi pensamiento.
Tras de él iré temerario...
Temed, Santello, desde hoy,
que ya por de pronto soy
de un príncipe secretario.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

PERSONAS.

LA MARQUESA.	MR. KEEN.
CLARA.	EL DUQUE.
D. ZENON.	DOS UGIERES.
D. DIEGO.	CABALLEROS 1.º, 2.º Y 3.º
EL CONDE.	CORTESANOS.

Salon en el palacio real de Madrid. Al frente una espaciosa galeria izquierda arriba, una puerta secreta, y mas al centro la de la cámara del rey: á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO. MR. KEEN.

KEEN. Qué solitaria está hoy
la ante-cámara real.

DIEGO. Aun es temprano..

KEEN. Las once.

DIEGO. En breve se llenarán
salones y galerias
de caballeros.

KEEN. Tal cual,
con eso, señor marqués,
tendremos con quien hablar.

DIEGO. A hablar nos está brindando,
buen Kin, esta soledad.

KEEN. No tanto como os parece;
aqui conviene callar.

DIEGO. ¿Por qué?

KEEN.

Porque en los palacios
las paredes oyen...

DIEGO.

¡Bah!

eso será en vuestra tierra;
pero en España, jamás.

KEEN.

¿Sin esposición, podemos...

DIEGO.

Con toda seguridad;
conozco bien estos sitios
para que pueda dudar...

KEEN.

Y bien...

DIEGO.

Y bien, ¿qué tenemos?

KEEN.

Embrollos cada vez mas;
el horizonte político
cargado de sombra está,
y para arrollar las nubes
que se agolpan sin cesar,
necesitamos los dos
de mucha sagacidad.

Veremos... y ¿qué os ha dicho
el ministro Carvajal?

DIEGO.

Me acepta por compañero,
y hoy al rey me propondrá
para darme la cartera
de la hacienda universal.

KEEN.

Y ¿sabeis, señor don Diego,
si bien decidido está
á apoyar las pretensiones
de Inglaterra?

DIEGO.

A la verdad

que no os puedo en este asunto
cumplida respuesta dar.

El ministro todavia...

KEEN.

¿Qué?

DIEGO.

Permanece neutral;
pero desde luego, Kin,
bien os puedo asegurar,
que al gabinete francés
profesa un ódio mortal.
Al inglés, por su familia
está inclinado algo mas...
y ya veis, si yo despues
subo al poder...

KEEN.

Claro está,
daremos fin á la empresa
con toda felicidad.
Ya sabeis hasta qué punto
conmigo podeis contar,
y ademas lo agradecida
que Inglaterra os quedará.
Mas ¿no temeis que la Francia
dé en tierra con nuestro plan?
Maldita Francia.

DIEGO.

KEEN.

¿Maldita!
no cesa de trabajar...

DIEGO.

Es fuerza que confesemos
que ese duque ó Satanás
es travieso como él solo,
muy entendido y sagaz.

KEEN.

No tanto, señor marqués,
como vos os figurais:
no es todo cosecha suya...
harto le ayudan de allá...
y para entenderle el juego
no hay mucha dificultad.

DIEGO.

No obstante, mirad que es vasto
lo que pretende abrazar.
Intrigando, sus agentes
ora en Nápoles están,
para enemistar á España
con aquel reino; ademas
al de Parma y de Plasencia
tambien quieren malquistar...

KEEN.

Y ¿qué importa? Esos manejos
hoy vuestro rey los sabrá,
y verá que la conducta
de Inglaterra es mas leal.
La enemistad del de Nápoles
tal vez la conseguirán,
mas, no temais que se altere,
marques, por eso la paz.
Por lo que hace al de Plasencia...
Somodevilla está allá,
y él sabrá como hasta aqui
los proyectos derribar

- de los agentes de Francia.
 DIEGO. Mister Kin, os engañais;
 Somodevilla ha venido.
 KEEN. ¿Somodevilla aqui está?
 y ¿desde cuándo, sabeis?
 DIEGO. Sí, me acaban de informar
 que entró en Madrid con la posta
 hará tres horas lo mas.
 Con grande prisa ha llegado.
 KEEN. Y con sigilo.
 DIEGO. Es verdad.
 KEEN. ¿Cómo es que deja al infante?
 ¿le manda el rey á llamar?
 DIEGO. Quién sabe... algunos servicios
 ha prestado ese rapaz,
 y tal vez querrá en la corte
 premiarle su majestad.
 KEEN. ¡Oh!... y con justicia: sabeis
 que es un mozo muy cabal,
 muy despejado y muy diestro...
 DIEGO. No es lerdo; pero... le dan
 mas realce del que tiene
 su mérito, desde acá.
 KEEN. Marqués, ¿os inspira celos?
 DIEGO. ¿A mí? ¿podéislo pensar?
 Es pequeño, y por ahora
 no temo rivalidad...
 KEEN. No obstante ese caballero
 bien veis que en camino está
 de alcanzar un porvenir
 de gloria y prosperidad.
 DIEGO. Insolente es su fortuna.
 KEEN. Yo pienso que convendrá
 tenerle de nuestra parte.
 DIEGO. Lo que conviene es cortar
 con mucho tino las alas
 de ese astuto gavilan.
 KEEN. ¿Qué daño nos puede hacer?
 DIEGO. Por ahora ni bien ni mal;
 mas adelante pudiera
 su influjo contrarestar...
 De la marquesa es hechura,

y es aun mas que ella neutral.
 KEEN. Don Diego, mejor seria
 que fuéramos mas allá:
 la marquesa es un obstáculo
 que no he podido allanar,
 y á todo trance ya es fuerza
 que pensemos... eh?

DIEGO. Cabal;
 ese es mi sueño.

KEEN. Una intriga
 es muy facil de inventar...
 ya sabeis que en estos casos
 cualquiera intriga es legal.

DIEGO. Y aquí de suma importancia.
 KEEN. Con el rey quisiera hablar...
 pero aun no es hora; despues
 yo os ofrezco que...

*(Aparece por la derecha del fondo el duque, y al verlos
 se retira por la izquierda.)*

DIEGO. ; Callad!
 ; Le habeis visto?

KEEN. Y se recata
 de nosotros...

DIEGO. ; Dónde irá?

KEEN. Aquí venia, y sin duda
 por no dar que sospechar...
 voy á seguirle la pista...

DIEGO. Yo á ver á Clara, que está
 hoy de guardia en la real cámara.

KEEN. Astucia.

DIEGO. Sagacidad.

*(Vanse. Keen observa por la izquierda del fondo y se
 oculta por la derecha.—Don Diego entra en la cámara
 de la reina, y sale la marquesa por la puerta se-
 creta.)*

ESCENA II.

LA MARQUESA.

;Pobre gente! ellos ignoran
 que sin tregua ni descanso
 en todo lo que maquinan

les voy siguiendo los pasos...
 Buena astucia es la que gastan
 esos tristes diplomáticos...
 ¿á quién no parecerán
 mas que astutos mentecatos?
 Muy bien, marques de Santello,
 sois en todo un cortesano,
 en lo fiel y agradecido,
 en lo español y en lo honrado.
 Y ese perro de extranjero
 que aquí de amigo embozado
 el volcan de las pasiones
 está sin cesar soplando!..
 Veremos quién en la lucha
 se tiende mejor el lazo...
 ¡Oh!.. todo lo he de intentar
 hasta que logre espantarlos.
 ¡Ujieres!

(Abrense las puertas de la derecha é izquierda y sale por cada una un Ujier.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA. DOS UJIERES.

LOS DOS.

Señora...

MARQUESA.

Oid.

(Al de la derecha.)

No deis á ninguno paso
 hasta la hora de la audiencia.

UJIER.

Muy bien. *(Se retira cerrando la puerta.)*

MARQUESA.

(Al de la izquierda.) Lo mismo os encargo:
 á ninguno; ¿lo entendéis?
 solo queda esceptuado
 un caballero...

UJIER.

¿Su nombre?

MARQUESA.

Somodevilla, acordaos.

Vamos á ver al Monarca

y sepa lo que hace al caso.

(Vase por la izquierda seguida del Ujier, que cierra la puerta.)

ESCENA IV.

EL DUQUE. *después* KEEN.

- DUQUE. (*Reconociendo la escena.*)
¡Hola!.. parece que ya
el puesto han desocupado.—
Algo Kin y el de Santello
estaban aquí tramando...
(*Aparece Keen observándole desde el fondo.*)
No importa los dos me evitan
y me hacen dueño del campo.
(*Dirigiéndose á la Cámara de la Reina.*)
Oh!.. si logro que la Reina
me escuche á solas un rato...
- KEEN. (*Dirigiéndose á la Cámara del Rey.*)
(¿El á la Reina?.. yo al Rey.—)
(*Abriendo la mampara de la derecha.*)
- DUQUE. Fortuna, dame tu amparo.
UJIER. (*De la derecha.*) Su Majestad no recibe
hasta las doce.
- DUQUE. (*Volviendo á cerrar la mampara.*)
Bien...
- KEEN. (*Mirándole y riyéndose.*) ¡Bravo!
DUQUE. ¡Aquí, vos!
KEEN. (*Abriendo la de la izquierda.*)
Hasta las doce...
- UJIER. (*De la izquierda.*) El Rey está despachando.
(*Cierra el Ujier quedándose en la escena.*)
- DUQUE. (*Riyéndose.*) ¡Magnífico!..
KEEN. (*Lo mismo.*) Hateis muy bien;
iguales hemos quedado.
- DUQUE. Me parece, amigo Kin,
que esto marcha muy despacio.
KEEN. Con efecto, amigo Duque,
no es esto lo que pensábamos.
- DUQUE. ¿Habeis visto que desaire?..
KEEN. ¿Desaire, decís?.. no alcanzo...
DUQUE. Nos han negado la entrada.
KEEN. No nos hemos presentado
en la cámara Real
con carácter de enviados;

- sino cual particulares...
y nada tiene de estraño...
DUQUE. A todo encontráis disculpa.
KEEN. Y ¿qué quereis?... menos malo:
yo tengo mucha paciencia...
DUQUE. Bien de ella necesitamos.
KEEN. ¿Sí? pues qué... vuestros negocios
están en tal mal estado?
DUQUE. Sobre poco mas ó menos
como los vuestros.
KEEN. ¡Qué diablos!
pues entonces no os quejeis...
DUQUE. ¿Que no me queje?..
KEEN. Está claro.
DUQUE. Acaso ¿habeis conseguido...
KEEN. No mucho; mas... siempre es algo.
DUQUE. (Con interés.) ¡Algo!.. y bien, ¿no me direis?
KEEN. Señor Duque, sois muy cándido.
DUQUE. Teneis razon, Mister Kin:
me olvidaba preguntándoos,
de que vos en este punto
sois el hombre menos franco
que he conocido.
KEEN. ¡Oh!.. pues vos
tambien sabeis manejaros.
Con ese aspecto inocente
y ese ademan estudiado,
os vais derecho al asunto
con firme y seguro paso.
DUQUE. Me concedeis un instinto
que, sin modestia, os rechazo.
Supongo que hasta ahora vos
si habeis conseguido algo,
como ha poco me dijisteis,
habrán sido desengaños...
KEEN. Hay de todo, señor duque,
aunque es fuerza confesarlo;
esta jente no se deja
engañar...
DUQUE. Ved ahí lo malo
de vuestra causa.
KEEN. No veo...

- DUQUE. Su bandera es el engaño...
- KEEN. ¡Ja!.. ¡ja!.. que sois divertido
y como nunca hoy os hallo...
Pues ¿cual es la de la vuestra?
¡Imparcialidad!.. veamos...
- DUQUE. La del cariño... queremos
volver á anudar los lazos...
- KEEN. ¡Oh!.. sí, sí; los lazos que unen
al señor con el esclavo.
- DUQUE. Os equivocais.
- (*Aparecen en el fondo varios caballeros y entre ellos el Conde.*)
- KEEN. ¡Silencio!
ved aquí á los cortesanos
que vienen como nosotros,
á adular al Rey Fernando.
- DUQUE. ¡Hola!.. y al Conde del Valle
entre ellos á ver alcanzo...
vuestro instrumento político...
- KEEN. ¡Ps!.. no es mas que un pobre diablo.—

ESCENA V.

KEEN. EL DUQUE. EL CONDE. CABALLEROS.

- CONDE. (*A los caballeros.*)
Mirad que unidos están...
¡qué!.. si son los diplomáticos
gente muy rara...
(*Acercándose á los embajadores.*)
Señores..
- KEEN. Adios, Conde.
- DUQUE. Bien llegado.
- CONDE. Mucho me place, á fé mia,
en este sitio encontraros,
mano á mano divertidos
como buenos aliados.
- KEEN. Una tregua momentánea
entre los dos se ha pactado...
- CONDE. Perfectamente, señores;
bueno es empezar por algo...
- DUQUE. ¿No sabeis que á Mister Kin

hoy la entrada le han negado
en la cámara del Rey?

CONDE.

¡Qué decis!

KEEN.

Es muy exacto:

y al Duque en la de la Reina.

CONDE.

¡Tambien á vos!... mas... ya caigo:

no habreis venido en el nombre

de vuestros Reyes... y acaso...

KEEN.

Eso mismo ha sucedido.

CONDE.

Pues no debeis estrañarlo;

por la etiqueta... y se observa

con tal rigor en palacio

que acaso no tendrá igual

en los de Europa... otro tanto

á los demas nos sucede...

ninguno habrá tan osado

que mientras estén cerradas

las puertas de ese santuario

se atreva á comparecer

delante del Soberano.

¿Qué quereis? en esta tierra

el uso ya ha sancionado...

(*Siguen aparte.*)

CAB. 1.º

¿No es aquel Somodevilla?

CAB. 2.º

El mismo, sí.

CAB. 3.º

¡Qué bizarro!

CAB. 1.º

Y crece como la espuma...

CAB. 2.º

Es lo mas afortunado...

CAB. 3.º

Es que vale mas que muchos...

CAB. 1.º

Aqui viene...

CAB. 2.º

Sí...

CAB. 3.º

Abrid paso...

(*Los caballeros se retiran á la derecha. — Aparece Zenon en el fondo y se dirije saludando á los que están en la escena, hácia el Ujier.*)

CONDE.

¡Qué miro!

ZENON.

(*Bajo al Ujier.*) Somodevilla.

(*El Ujier abre la puerta se inclina profundamente al pasar Zenon y le sigue cerrando aquella.*)

DUQUE.

(*Al Conde.*) Pues ahí teneis, ese ha entrado.

(*Rumor de los caballeros; estos se retiran lentamente por el fondo en distintas direcciones.*)

- CONDE. ¡Qué!... si es lo mas inaudito,
es el ejemplar mas raro
que ha sucedido en la corte
en lo presente y pasado.
- KEEN. Cuando os digo que ese mozo
á todos nos va á dar chasco...
- CONDE. Imposible... eso será...
¡qué sé yo!... no sé esplicarlo.
Alejémonos de aquí,
si os parece; aun es temprano,
y desde esa galería...
- KEEN. Conde, no está mal pensado,
porque aquí un triste papel
estamos representando.
- CONDE. (*Al Duque.*) Entre los demas podemos...
- DUQUE. Como gustéis...
- CONDE. ¿Vamos?
- DUQUE. Vamos.

ESCENA VI

D. DIEGO. CLARA.

- DIEGO. Adios, Clara.
- CLARA. Adios, señor.
- DIEGO. Ya lo sabes; á observar,
y no dejes escapar
el dicho ó gesto menor.
Esto importa á mi interés;
¿lo entiendes?... estoy citado
con el ministro de Estado,
y aquí volveré despues.
Entre tanto observarás
lo que la Reina resuelva,
y cuando yo á verte vuelva
de todo me informarás.
- CLARA. Señor, tan nuevo este lance
es para mí... que no sé...
- DIEGO. ¿Qué?
- CLARA. Descuidad, que yo haré
cuanto pueda y se me alcance.
Mas, temo que mi ignorancia...

DIEGO.

No temas, ya hallarás modo...
 observa bien... sobre todo
 al embajador de Francia.
 tal vez, no lejos está,
 y á la hora de la audiencia
 para agotar su elocuencia
 en la cámara entrará.
 La Marquesa...

CLARA.

¿Crecis vos?

DIEGO.

No te importa lo que creo:
 ya sabes lo que deseo...
 y lo que has de hacer; adios.

ESCENA VII.

CLARA.

Temblando estoy!... ¿cuándo, cuándo,
 tu ambicion se extinguirá?
 ¡Oh! ¿nunca se apagará
 tu sed de honores, de mando?...
 ¿Tambien á tu Clara obligas
 á entrar en tus planes... ¡Oh!...
 Y... ¿qué es lo que entiendo yo
 de palaciegas intrigas?
 ¿Yo á la Marquesa espiar?...
 ¿espiar!... yo, que... ¡ay de mí!
 solo para amar naci
 para sufrir y llorar!...

(Dirijiéndose lentamente á la cámara de la Reina.)

Si la suerte se declara
 en contra suya y despues...

ESCENA VIII.

ZENON. CLARA.

ZENON.

(Entreabriendo la mampara de la izquierda.)

¡Un titulo de Marqués!...

¡Gentil hombre!... (Reparando en Clara.)

Clara!... Clara!

CLARA.

¿Quién?... ¡Dios mio!... ¡vos aqui!

ZENON.

Clara mia... sí, por Dios.

Me recibes con un vos...

¿por qué me tratas así?

¿Qué fué de aquella bondad

con que un tiempo tu hermosura...

CLARA. ¿Sois ya el mismo por ventura?

ZENON. Sí á fé mia...

CLARA. No en verdad.

ZENON. Esa duda que alimentas
desgarra mi corazon.

CLARA. No, no!...

ZENON. Pero ¿qué razon
en su apoyo me presentas?

CLARA. ¿Razones, razones pides
cuando sabes tu falsia?...
¿y eres tú el que me decia...
—Clara mia, no me olvides.—

Te alejaste de mi lado:

tras de una ilusion perdido,
ciego por el mundo has ido,
por todo has atropellado.

Y tu talento aplaudieron,
dijeron que era profundo...

y los aplausos del mundo
por fin te desvanecieron.

Quisiste honores y gloria...

y la gloria y los honores
mataron nuestros amores

y ocuparon tu memoria.

Y si en tu loca ambicion,

si en ese delirio ciego

de amor el ardiente fuego

guardaste en el corazon,

no fué el que vimos nacer

felices los dos un dia...

Fué el amor que te ofrecia

una opulenta muger.

Esto ha pasado...

ZENON. No, no!...

CLARA. Tú embebecido gozando,
en tanto que suspirando
las horas pasaba yo...

ZENON. Por Dios, tus pesares calma...
da treguas á tu quebranto...

¿no ves que con ese llanto
me llenas de angustia el alma.

Cesa... nos puede infamar

aquí una sospecha leve...
 y oye, Clara, porque en breve
 nos vamos á separar.
 Es cierto, muy cierto, sí,
 que por la ambicion llevado
 tras del poder me he lanzado
 con sin igual frenesí.
 Tras de él mi indomable brio
 horas pasó de amargura,
 y di mil veces tortura
 al pobre talento mio.
 Y ¿tú no sabes por qué,
 brillante luz de mis ojos,
 por esta senda de abrojos
 avanzo con tanta fé?
 Pregúntaselo al que un dia
 de mi lado te arrancó
 y audaz en rostro me dió
 con su poder é hidalguía.
 Oh!... desde entonces juré
 no reconocer igual:
 busqué remedio á mi mal...
 y pienso que lo encontré.
 Ah!... no lo dudes, sí, sí:
 esto no es un sueño vano;
 pero... si tanto me afano
 por quién es sino por tí?
 Quiero, al que su alta nobleza
 me ponderó, hacerle ver
 que yo te puedo ofrecer
 tanto amor como grandeza.
 Que á la humildad de mi cuna,
 nobleza le da sus galas;
 que yo cabalgo en las alas
 de la fama y la fortuna;
 y que mi esperanza es tal,
 y tan grande lo que trazo..
 que el asta ha de ser mi brazo
 del pabellon nacional.
 Y acaso tanto poder,
 ahuyentará mi dolor?
 Me has dicho que tengo amor

CLARA.

ZENON.

á una opulenta muger:
 que á tu cariño hice agravios,
 que procedí con falsía...
 mas, tú ignoras, vida mía,
 lo que aquí mienten los labios:
 tú ignoras que entre la gente
 de que cercada aquí estás
 se dice mucho, y jamás
 se dice lo que se siente.
 Pues va en esta confusion
 cada cual á su demanda,
 y en palacio siempre manda
 la cabeza al corazon.
 Por eso tú, bien se vé,
 que siempre inocente has sido,
 facilmente habrás podido
 dudar de mi ardiente fé.
 Mas de tu seno jamás,
 alteres la dulce calma,
 porque tú, Clara del alma,
 siempre mi idolo serás.
 Quanto te digan y veas,
 cuanto llame tu atencion,
 todo ello es pura ficcion,
 nada escuches, nada creas.
 Porque aquí por varios modos
 todas van, mi dulce bien,
 á quien mas engaña á quien...
 y yo engañar quiero á todos.
 ¡Ah!

CLARA.
ZENON.

Sí, tengo esta ambicion,
 lo juro por mis amores!
 Quiero limpiar de traidores
 y estrangeros la nacion.

CLARA.

Me estremeces en verdad
 con lo que intentas hacer...

ZENON.

¿De mi amor quieres tener
 completa seguridad?...

CLARA.

¿Qué dices?

ZENON.

Que pronto estoy
 á ahuyentar nuestros pesares,
 jurándote en los altares

- eterna fe: ¿quieres? hoy...
- CLARA. ¡Ah!.. ¡mi padre!.. tal vez ya...
habrá cesado en su empeño...
- ZENON. Aun creerá que soy pequeño;
¡no, no!.. me despreciará.
Escucha: hoy me ves aquí,
ante tu faz soberana,
pero... yo no sé mañana
lo que podrá ser de mí.
¿Quieres enlazar tu suerte
con la mía?.. fija un plazo,
y un secreto estrecho lazo
nos unirá hasta la muerte.
- CLARA. ¡Ay Dios!
- ZENON. ¿Qué respondes?
- CLARA. ¡Ah!..
- MARQUESA. (*Dentro.*) Podeis anunciar la audiencia.
- ZENON. ¡Cielos!
- CLARA. ¿Temes su presencia?
- ZENON. (*Conduciéndola á la cámara de la Reina.*)
¿Y bien?..
- CLARA. (*Con resolucion.*) Sí.
- ZENON. ¡Vete!
- (*Entrecabre la puerta, entra Clara y al ir á cerrarla aparece la Marquesa seguida del Ujier que se va por el fondo dejando abierta la de la izquierda.*)

ESCENA IX.

MARQUESA. ZENON.

- ZENON. (*Asido del picaporte.*) (Aquí está.)
- MARQUESA. ¡Ah!.. ¿qué haceis en esa puerta?
- ZENON. Vuestras ordenes oí...
y á repetir las aquí...
- MARQUESA. (*Dirigiéndose á la puerta.*)
No, no... dejad que yo advierta...
- ZENON. (La va á ver... ¡Oh!.. ya pasó.)
- MARQUESA. (*Reconociendo el interior.*)
(Nadie...)(*Al Ujier.*) Las doce.
- (*Abre el Ujier la puerta y se retira por el fondo; pocos momentos despues va saliendo el número posible de caballeros: unos entran en la cámara del Rey, otros en la de la Reina, dejándose ver entre estos el Embajador de*

Francia.)

Crei

que á mas distancia de aqui
os iba á encontrar...

ZENON.

¡Oh!.. no:

como os pusisteis á hablar
con el Rey tan en secreto,
conociendo vuestro objeto
me alejé por no estorbar.
Mas, daros muestras ansiaba
de gratitud y de fé...
á dije aqui aguardaré
y aqui aguardándoos estaba.

MARQUESA.

Pues podeis mudar de intento,
que á mí nada me debeis.

ZENON.

¡Qué decis!..

MARQUESA.

¿No lo sabeis?

ZENON.

¿A quién?..

MARQUESA.

A vuestro talento.

ZENON.

¡Marquesa! ¿os burlais de mí?

á mi talento... ¡quimera!

Y bien, aunque lo tuviera

¿vale lo que hoy os debí?

Y ¿qué pruebas de él he dado

para merecer unidas

las honras tan distinguidas

con que hoy el Rey me ha colmado?

Ese es un vano pretesto

que sonroja á mi humildad...

MARQUESA.

No es pretesto, es la verdad,

sois demasiado modesto.

Cuanto habeis escrito vos

sobre la hacienda y la armada,

lo ha visto el Rey con marcada

satisfaccion.

ZENON.

Mas... ¡gran Dios!

MARQUESA.

A solas ha examinado

vuestros proyectos...

ZENON.

¿Sí?

MARQUESA.

Sí,

y un dia esclamar le oí..

He aquí un buen hombre de estado.

¡Buenos planes imagina!

¿Quién sabe si á este doctor
le deberá su esplendor
nuestra naciente marina?
Con que, amigo, ya lo veis:
vuestra duda está esplicada;
no he tenido parte en nada,
todo á vos os lo debeis.
No he hecho mas que aprovechar
una ocasion oportuna;
y ha venido la fortuna
mis votos á coronar.

ZENON. Y ¿os parece todavia
que es poco, bella Marquesa?
¿Quién sino vos se interesa
aquí por la suerte mía?
A no ser por vos...

MARQUESA. ¡Oh!.. no...

ZENON. Entre el vulgo confundido,
el Rey no hubiera sabido
que estaba en el mundo yo:
ni con tanta brevedad
se premiara mi desvelo;
ni hubiera tendido el vuelo
con tanta seguridad.

MARQUESA. Empeñado estais, Marques,
en agradecerme algo.

ZENON. Sí señora, cuanto valgo.—

MARQUESA. Cesad... veremos despues...

ZENON. ¿De mi gratitud os pesa?

MARQUESA. ¡Gratitud!.. no agradezcáis
á quien solo...

ZENON. ¿No acabais?

MARQUESA. Torpe sois.

ZENON. *(Tomándole una mano.)* ¡Ah!.. no, Marquesa,
(Siguen hablando aparte.)

ESCENA X.

MARQUESA. ZENON. CONDE. MR. KEEN.

KEEN. ¿Eh? Conde...

CONDE. ¿De qué hablarán...

KEEN. Quién sabe si esos señores...

CONDE. De política...

KEEN. O de amores:

- CONDE. muy engolfados están.
¡Oh!.. yo le impondré la ley...
ya vereis como lo espanto...
- ZENON. Hareis muy bien: yo entre tanto
me voy á hablar con el Rey.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XI.

MARQUESA. ZENON. CONDE.

- CONDE. ¿Os interrumpo?
- MARQUESA. No, Conde.—
(*Bajo á la Marquesa.*)
- ZENON. De mi buena suerte espero...
- MARQUESA. Sí, sí; esperad, eso quiero;
porque...
- CONDE. (*Apenas me responde...*)
(*Bajo á la Marquesa.*)
Vuestro rostro encantador
hoy cruel está conmigo
como nunca.
- MARQUESA. Eso es, amigo,
un favor y un disfavor.
(*Bajo á Zenon.*)
¿Lo veis?.. me está interrumpiendo
y ya no es facil que aquí...
- CONDE. (*¡Otra vez vuelve!.. y de mí
mofa tal vez está haciendo..*)
(*Bajo.*) ¿No le quereis conceder
á vuestro rendido amante...
- MARQUESA. Sí, señor Conde, al instante...
(*Bajo á Zenon.*) Hoy os espero á comer,
y allí del plan con despacio...
- CONDE. (*Reniego de su capricho...*)
Señora...
- MARQUESA. Sí, ya os he dicho...
(*A Zenon.*) No os esteis mucho en palacio...
- CONDE. (*Ya tanto desden me humilla.*)
(*Bajo á la Marquesa.*) O Somodevilla, ó yo.
- MARQUESA. (*A Zenon.*) O Clara, ó yo...
- ZENON. Vos.
- MARQUESA. (*Con satisfaccion.*) ¿Conde?— (*¡Pues no!*)
- CONDE. ¿Qué?

MARQUESA. (*Dirigiéndose á la cámara de la Reina.*)
Somodevilla.—

ESCENA XII.

ZENON. CONDE.

- CONDE. (¡Tan atroz desaire á mí!..
En piedra me ha transformado..)
- ZENON. (*Procurando contener la risa.*)
Parece que os ha picado
alguna víbora...
- CONDE. Sí.
¿Y eso á reír os precisa?
- ZENON. Cosas del mundo...
- CONDE. (Y ¿yo aguanto..)
- ZENON. Lo que á unos produce llanto
en otros produce risa.
- CONDE. Lo que decís ¡vive Dios!
mirad bien...
- ZENON. ¡Oh!.. quién creería
que aquí yo venir debía
para reirme de vos?
- CONDE. Y ¿os atreveis...
- ZENON. ¿Si me atrevo?...
¿Pues no lo veis..? además
que yo en esto no hago mas
que pagaros lo que os debo.
¿Teneis la memoria escasa?
Y ¿os importa...
- CONDE. Sí, pardiez.
¿No os acordais que una vez
estuvisteis en mi casa?
Por dicha ¿olvidar pudisteis
lo que entonces pretendia?
¿Teneis presente aquel dia
cuán en poco me tuvisteis?
«Lo de la boda... eh? ja! ja!»
Dijisteis á vuestro tio...
y ahora de ella y de él me rio,
y...
- CONDE. ¿De mí?
- ZENON. Pues claro está.
Yo lograré ese descaro
castigar cual corresponde.

- ZENON. Hareis mal; porque eso, conde,
os puede costar muy caro.
- CONDE. Porque valimiento aqui
habeis logrado tener,
¿pensais que vuestro poder
ha de alcanzar hasta mí?
Vanas serán las fatigas
que por ello paseis... oh!
estoy á cubierto yo
de vuestras torpes intrigas.
- ZENON. Nada, conde, no lograis
hacerme fruncir el ceño:
sois enemigo pequeño...
y en vano, en vano os cansais.
Toda la hiel que derrama
vuestra boca, os la perdono...
porque es justo vuestro encono...
os he quitado la dama...
- CONDE. ¡Callad!... ó viven los cielos,
que si no os vais mas despacio,
aunque estemos en palacio...
- ZENON. ¡Lo que arrebatan los zelos!
- CONDE. Mucho presumís, por Dios,
con vuestra fortuna loca.
- ZENON. Conde... que os pierde la boca.
- CONDE. ¿Quién sois?
- ZENON. Tanto como vos.
- CONDE. No sabeis lo que decís.
- ZENON. ¡Oh!... sé muy bien lo que digo.
- CONDE. Vos, pobre hidalgo, ¿conmigo
igualaros presumís?
¿Sabeis de mi estirpe?
- ZENON. No.
- CONDE. Es ilustre por demas;
soy noble, ¿entendeis?
- ZENON. Yo mas.
- CONDE. Y Grande de España.
- ZENON. Y yo.
- CONDE. ¿Grande vos, y de la nada
ayer os alzásteis...
- ZENON. ¡Calle!
- CONDE. Yo soy el conde del Valle.
- ZENON. Yo el marqués de la Ensenada.

(Pausa.—Aparecen por la derecha é izquierda el duque y Mr. Keen, seguidos de los caballeros que antes entraron y se reúnen en el centro de la escena. D. Diego llega por el fondo. Keen le dice breves palabras al oído y se retira.—El duque, después de saludar á varios caballeros, hace lo mismo.)

ESCENA XIII.

ZENON. CONDE. KEEN. DUQUE. DIEGO. CABALLEROS.

KEEN. (Esperanzas.)

DUQUE. (Ilusiones.)

ZENON. Aquí los sarcasmos queden,
pues ya veis que no me esceden
en nada vuestros blasones.
Ya salen... callemos, pues,
y si el rencor os aflige
y os pesa de lo que os digo,
podeis buscarme despues.
¿Señores...?

CAB. 2.º Ya hemos sabido...
y os damos el parabien.

ZENON. Gracias, señor don Guillen;
acepto vuestro cumplido.
Hoy tanto su majestad
de favores me ha colmado,
que ya me encuentro abrumado
con tanta felicidad:

Del rey las bondades quiero
celebrar cual corresponde...
y el señor marqués y el conde
que vayan á honrarme espero.
Vos nos honrais por demas...

ZENON. No lo digais hasta el fin.

(*Sigue aparte con los caballeros.*)

DIEGO. (¿Quién sabe si del festin
para una torre saldrás?)

ZENON. A Dios, amigos... eso es,
preparaos á la jarana.

(*Aparte y retirándose.*)

¿Quién sabe lo que mañana
te espera, pobre marqués!

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

PERSONAS.

LA MARQUESA.
CLARA.
D. ZENON.
D. DIEGO.
MAURICIO.
EL CONDE.

MR. KEEN.
EL DUQUE.
CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º
UN LACAYO.
DAMAS.
CABALLEROS.

Habitacion del marques de la Ensenada: puerta grande en el fondo por la que se descubre el interior de varios salones iluminados y llenos de damas y caballeros. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO, KEEN, CABALLEROS.

CAB. 1.º Es preciso confesar
que Ensenada de esta hecha
á todos nos ha vencido:
en lujo y magnificencia:

CAB. 2.º Está brillante el sarao.

CAB. 3.º ¡Qué! si es una cosa nueva:
¿no os parece, mister Kin?
¿se danza asi en Inglaterra?

KEEN. Somos poco aficionados
á dar que hacer á las piernas,
y por eso, caballeros,
será difícil que pueda
compararse esta funcion
con las que allí se celebran.

CAB. 3.º ¡Oh!... ya sabemos que allí
se danza mas de cabeza;
pero confesad al menos,

- si repugnancia no os cuesta,
que la gente se divierte
mucho mas en esta tierra.
- XEEN. ¿Qué duda tiene? el caracter
y las costumbres se prestan...
- CAB. 3.º Por supuesto, la alegría
el decoro, la franqueza,
todo se halla aqui reunido,
nada mas que aqui se encuentra.
Tended la vista sino
por esas estancias regias,
y encontrareis confundidos
vistosos grupos de bellas
con los apuestos galanes
de la mas alta nobleza.
- CAB. 1.º Y ¿sabeis que el buen marqués
de la Ensenada se lleva
los obsequios y atenciones
de todas las damiselas?
- CAB. 3.º Hombre, eso es muy natural:
joven, con muy buenas prendas,
galanteador como él solo...
y ademas es fruta nueva...
(Mezquinos aduladores.)
- DIEGO. Marqués, nos causa estrañeza
no encontrar á doña Clara
entre las demas bellezas.
¿Por qué no la habeis traído?
- DIEGO. Está al lado de la reina,
y esta noche era imposible
que de palacio saliera.
- CAB. 3.º ¡Palacio!... siempre palacio
las mas hermosas nos lleva...
y ¿quién hace camaristas
á muchachas... ¡eh! las viejas
son las que deben estar
haciendo allí penitencia.
- CABALLEROS. Ja ! ja !
- CAB. 3.º Digo bien, señores:
nos estafan...
(*Oyese música á lo lejos.*)
- CAB. 2.º ¿Oís? La orquesta.

CAB. 3.^o Voy, voy; porque me ha ofrecido
un minué la baronesa...

CAB. 1.^o Y yo á veros...

CABALLEROS. Vamos, vamos.

ESCENA II.

DIEGO. KEEN.

DIEGO. Sí, marchad á hacer piruetas.
¡Miserable juventud!

qué torpe eres y qué necia...

KEEN. ¿Qué teneis, señor marqués?

DIEGO. Nada. Kin: ¿y la marquesa?

KEEN. Aun no ha venido.

DIEGO. Estará
en palacio dando guerra...

KEEN. Pero... ¿vos no estais seguro?

DIEGO. Ninguna duda me queda.

Esta mañana me ha dicho
Carvajal con gran reserva,
que debe esta misma noche
quedar la cosa resuelta.

KEEN. Entonces somos felices.

En nombre de la Inglaterra
se han hecho varios regalos
á personas de influencia,
y su apoyo han ofrecido
en cuanto de ellas dependa.

Ya veis que por nuestra parte
os damos todas las pruebas...

DIEGO. Será igual mi gratitud
y mayor la recompensa.

KEEN. ¡Oh!... con esto no es deciros...

DIEGO. Aquí, hasta las doce y media
he dicho que me hallarán...

KEEN. Con que aquí estais á la espera...

DIEGO. Sí, amigo Kin, y por cierto
que ya es mucha mi impaciencia...

KEEN. Mas calma, señor marqués,
no estan las doce tan cerca...

DIEGO. Cada minuto que pasa
una esperanza me lleva.

Si el nombramiento me envian,

si esta noche la cartera
de secretario de Estado
y del despacho me entregan,
vereis al Somodevilla

qué pocas ganas le quedan
de volver á hacer alarde
conmigo de su grandeza...

KEEN. Y ¿habeis notado, don Diego,
que el de Francia no lo deja,
y que están toda la noche
uno y otro en conferencia?

DIEGO. Tanto mejor. De ilusiones
uno y otro se alimentan;
dejadlos que entre esperanzas
irrealizables se aduerman,
que yo los despertaré
mas pronto de lo que piensan.

ESCENA III.

DON DIEGO. KEEN. MAURICIO *por la izquierda del fondo, llamando hácia la derecha: despues un LACAYO.*

MAURICIO. ¡Eh!... ¡muchacho!...

KEEN. ¿Quién es ese
que grita desde la puerta?

DIEGO. El padre de nuestro héroe;
un hidalgo de aldea
que ha venido por la posta
para amenizar la fiesta.

MAURICIO. *(Al lacayo.)* Vente conmigo...

(Reparando en los que están en la escena.)

¡Hola!.. ¿hay gente?

DIEGO. ¡Calle!... Don Diego, muy buenas...
(Con tono de burla.) Adios amigo... ¿qué tal?
¿se baila, se galantea?

MAURICIO. Así, lo mismo que usted...
que es decir como cualquiera.

KEEN. ¡Ja! ¡ja!.. *(Sonriéndose.)*

DIEGO. *(A Keen.)* Que zafio es el hombre.

KEEN. Sí...

MAURICIO. *(¿Ya andamos á la oreja?)*

(Al lacayo.) Dime, y esotro ¿quién es?
El enviado de Inglaterra.

- MAURICIO. ¡Sopla! no tienen entrambos cara de hacer cosa buena.
- DIEGO. Kin, separémonos ya... no ocasionemos sospechas...
- KEEN. Volvámonos al salón.
- MAURICIO. Pero, hombre, quien nos dijera allá, por aquellos tiempos en que iba usted por mi tierra á salto de mata...
- DIEGO. *(Retirándose.)* Si... todo se cambia y se altera...
- MAURICIO. *(Siguiéndole.)* Es verdad; y ¿no piensa usted en dar por allí la vuelta?
- DIEGO. No señor.—
- MAURICIO. ¿Se va á bailar?
- DIEGO. *(Con despego.)* No señor.—
- (Sale con Keen por el fondo y se van uno por la derecha y otro por la izquierda.)*
- MAURICIO. *(Desde la puerta hablando en la direccion que lleva D. Diego.)* Buena respuesta. Aproveche la ocasion por si en otra no se encuentra.

ESCENA IV.

MAURICIO. LACAYO.

- MAURICIO. Yo no sé si entenderá este señor de indirectas. Por sí ó por no, le encajé la pildora. ¡Oye! Babiéca.
- LACAYO. Señor...
- MAURICIO. Acércate acá.
- LACAYO. ¿Qué es lo que manda vucencia?
- MAURICIO. ¡Cómo se entiende!
- LACAYO. Yo... sí...
- MAURICIO. ¡Toma! y lo dice de veras.
- LACAYO. Perdonad, alto señor...
- MAURICIO. ¡Eh!.. dejémonos de altezas.
- LACAYO. Escelentísimo...
- MAURICIO. ¡Dale!..
- ¡Gaznápiro!.. ¿á mí con esas? mirame bien: ¿esta cara, dime, es cara de esclencia?

LACAYO. ¿No sois el padre de los hijos de...
MAURICIO. Pero... bueno, si me quedo, se aboT

¿qué tiene que ver el oficio con y
brocado con la bayeta sup aboT

Si el ganó, se trata de lo lavó
con su dinero y sus letras, ni la

bien está, que se do don, illa, illa
es Marqueton y otros aboT

Pero yo que siempre está ve y
entra, mules y entre ovejas,

y no entiendo de otros b... sup
que de... y de los cochas, de...
soy un topo como...
(...)

pero á mí, solo Mauricio, za en
¿Lo entiendes? Mauricio, á... y
Como gustas... al... y...
... Dios, que me...
al... que es del...
como dice el... Facundo...

LACAYO. ...
MAURICIO. ...

Rece, oye... buena plaza; ...
á qué ahora se da del mano...
á la danza en esta tierra?

LACAYO. Allá á las dos ó á las tres
de la madrugada...

MAURICIO. ¡Aprieta!
á las tres...
¿Y hasta entonces me se...?

LACAYO. Es conforme...
MAURICIO. Ps... no me que una...
LACAYO. ¿Algun helado, ó bitocho...?

MAURICIO. ¿No hay quien te lá...?
LACAYO. Pues le diré al...
MAURICIO. No...
y no hablas de...
á quien tiene...
Ve á decirle que me...
una...
aunque...

LACAYO. Sí señor...

- jadónde quereis que os sirva?
 MAURICIO. Toda la casa está llena...
 y no quiero que murmuren
 viendo que falto á las reglas...
 llévalo... sí, mejor es,
 al jardín, en la glorieta...
 allí, allí; que hace calor
 y la noche está de perlas.
 LACAYO. Voy al momento...
 MAURICIO. Oye, chico:
 que no falte una botella...
 LACAYO. ¡De Oporto, Rhin, Frotiñan...
 MAURICIO. ¡Rhin... Frotiñan... Cariñena!
(Vase el Lacayo por el fondo, izquierda.)
 Que es vino de buena boca
 y quita todas las penas.
 Voy á esperar la pituzza
 mientras estos se jalean.
 ¡Duro! ¡duro! yo á mis solas
 haré tambien penitencia.
*(Vase por la puerta de la izquierda y salen por el fondo
 derecha, Zenon y el Duque.)*

ESCENA V.

D. ZENON. EL DUQUE.

- DUQUE. Aquí descansar podemos,
 lejos de esa muchedumbre
 que al mirarnos tan unidos
 se maravilla y confunde.
 ZENON. Sí, de nada hace misterios
 que levanta hasta las nubes.
 DUQUE. Sin cuidado eso me trae.
 ZENON. Tambien á mí, señor Duque.
 DUQUE. Una vez que ya esa gente
 murmura, así... por costumbre,
 y que donde no hay objeto
 hallar peligros presume,
 démosle alguna ocasión,
 si á vuestra voluntad cumple
 para que tenga un motivo
 que con justicia le ocupe.

ZENON.
DUQUE.

No entiendo. Os lo explico. Perdonad que os importune con una proposición que espero que no os disguste.

ZENON.

Hablad pues, ¿vuestras palabras no comprendo á lo que aluden?

DUQUE.

Figuraos, señor marqués, que atendiendo á vuestras luces y que al gobierno de España le pudieran ser muy útiles, hay quien se empeña en llevaros del poder á la alta sombra.

ZENON.

A mí al poder, hasta ahora nada á esperar que me induzca.

DUQUE.

Podrá ser lo que decís, mas... dispensad que lo dude si no lo esperáis, al menos lucháis con la incertidumbre y vuestros ojos ahora esta verdad me descubran.

ZENON.

¿Mis ojos? Oh! vuestra astucia por ellos nada consulta porque le darán gran chasco si espera que me denuncien.

DUQUE.

Sé vuestra serenidad, pero aquí á nada conduce porque voy á hablar muy clara y quiero que el que me escuchó me conteste con la misma franqueza que le pregunten.

ZENON.

Con ella os contestaré si con ella se le arguye.

DUQUE.

El sistema de gobierno que hay en España produce males sin cuento á la Francia que no sé cómo los sufre y que no es justo. Marqués, que por mas tiempo la abrumen. Sabéis el fraternal lazo que á las dos potencias une y que son sus intereses.

- desde lo antiguo comunes,
 por consiguiente es preciso
 que este sistema se mude,
 antes que también a España
 graves perjuicios resulten.
- ZENON. ¡Oh! ¿qué interés le inspiramos?
 verentos como concluir?
- DUQUE. ¿Que decís?
- ZENON. Nada: pensaba
 en el fazo... que nos una...
- DUQUE. Si, tenedlo muy presente...
- ZENON. Proseguid, para que juzgue.
- DUQUE. Se trata de hacer ministro
 á un hombre que al punto busque
 los medios más á propósito
 para que todo se anude.
 La Francia le sostendrá
 mientras su objeto secundario
 y siempre que á todo francés
 los de la Inglaterra padre.
 Hay muchos que lo apetecen,
 pero pocos que disfruten
 del prestigio que Enseñada,
 y entre otros hombre ilustres
 se ha pensado en vos. ¿Por qué
 decid lo que se os ocurre?
- ZENON. Os doy mil gracias por eso...
 que no se como titule,
 porque hay cosas cuyo nombre
 no hay sabios que lo pronuncien.
 Entre esos ilustres hombres
 que apetecen ese asiste,
 y que nunca serán más
 que unos traidores ilustres,
 podeis buscar un ministro
 que nos venda y que os ayude,
 y que sin remordimiento
 á ser espáñol renuncie,
 que yo no acepto tratados
 que al honor de España insulten,
 ni quiero que mi conciencia
 tenga nada que le punce.

- Esto es lo que por de pronto
 responderos se me ocurre,
 Vos no me habéis comprendido
 Demasiado, señor Duque.
 ¿Y renunciáis el poder?
 ¿Os pasma que lo rehuse
 un joven cuyo ambición
 ha llegado al grado sublime
 de aspirar a esta grandetera
 no esperéis que me deslumbré,
 cuando se habla de renunciar
 doña Inojita al perfume,
 ¿qué es el poder?.. renunciáis
 la vida sin pesadumbre.
 No seréis ministro; en tanto
 que ese escarpado os sorzague.
 Eso es lo que no sabemos
 la fortuna es muy volátil.
 Pues tomad que la Inglaterra
 de iguales recursos use,
 y entonces se pierda todo,
 Eso al monarca le incumba.
 Mirad que circulan voces,
 Bien, dejadlas que circulen.
 Mucho mister Kin trabaja
 medios de triunfar reune,
 y a la señora Marquesa
 será fácil que derribe.
 Ellos allá que se entiendan
 y que frente a frente luchen,
 y ya veremos si al cabo
 es ella; o él, quien sucumba.
 Pero... no perdáis el tiempo
 con pláticas tan inútiles;
 volved al salón. sepa
 hallaréis quien os tribute
 gracias, y a todo se preste;
 con tal de que se le encumbré.
 ¿Con que vos...
 Jamas, jamas.
 Adios Marquesa.
 Adios Duquesa.

ESCENA IV.

SENON.

A buena parte has venido,
me has dado á entender el juego...
Y puede ser que haya estado
devanándose los sesos
para organizar el plan,
y para hacerme instrumento
precisamente, ninguno
pudiera servirle de cosa.
¡Pobre francés! y que enfático,
y con qué inaudito imperio
pretende que á su manera
nuestra tierra gobernemos.
Y todo por nuestro bien.
¡páguete el diablo su intento!
Si á su corte no le agrada
el neutral sistema nuestro,
tanto mejor, ¡ache sola,
y ella sola pase el riesgo!
que aquí la paz nos conviene,
y somos aquí primeros.
Pues digo, ¡al tal Mister Riu
dónde le colocaremos?
enredado, suspiros,
se vale de cuantos medios
están al alcance humano
para vencer y avolvernos
y los dos con sus carnes
nos tienen entre dos fuegos.
¡Oh! si en mi mano estuviera
ese poder, tan sóplico
que pronto se quitarían
tanto estorbos de en medio.
Pero me ha indicado el Duquén
que se manifieste en silencio
para hacer que la Marsellesa
pierda su influjo... ¡perversos!
ella es la que os tiene á raya

con su infatigable celo.—

Bueno será que lo sepa;

quiero avisarla al momento

para que esté prevenida,

porque esto se pone serio.

Acaso estará en palacio...

si yo mismo, ¡qué! no puedo,

esa gente notaría

mi ausencia... y luego, misterios...

y ¡a quién he de confiar...

escribir, nada, cerremos

(Cierra la puerta del fondo.)

cerca está; por el jardín

salgo, y al instante vuelvo...

(Sale la Marquesa por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

LA MARQUESA. ZENON.

ZENON.

¡Ah!

MARQUESA.

Que Dios guarde á vuecencia.

ZENON.

Marquesa, mucho me alegro

de veros tan á propósito.

¡Oh!... sí, venis, muy á tiempo.

MARQUESA.

¿Qué sucede?

ZENON.

Iba á buscaros.

MARQUESA.

¿A buscarme?... y bien, qué es ello?

ZENON.

Ahora mismo, aquí, he tenido

con el de Francia un encuentro,

y con varias condiciones,

bien humillantes por cierto,

me ha revelado su plan,

me ha ofrecido el ministerio.

Con enojo he rechazado

tan miserable proyecto,

y entonces salió á buscar

con quien ponerse de acuerdo;

pero añadió al retirarse

que el de Inglaterra en secreto

conspira, y contrarestar

vuestro influjo se ha propuesto.

A palacio iba a buscarlos,
pero sin éxito, como el tiempo
os frajo.

MARQUESA. ¡Ja... ja...

ZENON. Os reís

MARQUESA. Sí, sí; mucho os agradezco
el generoso interés
que os habeis tomado.

ZENON. Pero...

MARQUESA. No ignora de Mister KIM
cuales son los pensamientos
que aspira llegar
con sus planes maquiavélicos.
Para separar los lazos y estrechismos que tengo
con la reina, ¿a quién pensais
que elijen por instrumento?
A doña Clara Fajardo.
¿Que me decís?

ZENON. Es lo cierto.

MARQUESA. Y ¿pensais que ella se preste?

ZENON. Mucho la ostiga Santero;

MARQUESA. Mas no sirve doña Clara
para embrollar patidiegos,
ni es capaz de dar abrigo
á la traicion en su pecho.
No obstante, como se explotan
en mil dano varios medios,
sabe Dios si con alguño
coronaran sus deseos.
Tengo muchos enemigos,
muchos que envian mi podero
y en secreto se conjuran,
podrán vencerme; y espero
que vos me protegeris...

ZENON. Yo, Marquesa, protegeros

MARQUESA. Vos, si señor.

ZENON. Yo haré
que mi destino y el nuestro
en todo marchen unidos,
y que iguales quedaremos.

MARQUESA. ¿Quién sabe...

ZENON.

Y así alabarástago
 trasplanta de este el dios que
 lejos del árbol de mandos
 que le dió vida y sustento,
 ¿qué cosa podrá ofrecer
 al fatigado viajero?

MARQUESA.

Mucha. Mas ¿qué me sabéis
 lo que es el árbol de mandos,
 porque es y estágo débil
 ha brotado tan soberbio
 y tan lozano, que el árbol
 su ramaje sobra el viento,
 que es ya coloso y rejeta
 con su sombra que estiendo
 al árbol que fue gigante
 y á quien debió el ser primero.

ZENON.

No os entiendo.

MARQUESA.

No es extraño,
 mas lo entenderis muy presto,
 pues no quisos que ignoreis
 ciertas nuevas de poco tiempo.

ZENON.

Cuales, señora?

MARQUESA.

Salud al
 al Rey don Fernando sexta
 que se ha servido nombraros
 su ministro.

ZENON.

Santos cielos!

MARQUESA.

¡Señor! os podrán más hombres
 sostener tan grave peso
 Cuidado con vacilar
 en tan crítico momento
 que se sabe hasta ahora
 y si el día que les cedamos,
 podremos ser los vencidos
 y los vencedores ellos.

¿Qué se puede hacer de juro,
 fueras, señores, y á lo menos
 vuestra intención será para
 y español, otorgar gobierno
 Y os aseguro, Emperador,
 que con buena fe y talento
 es como se consolida

ZENON.

el bienestar de los pueblos.
 Vuestras palabras señalan y señalan
 dan nueva fuerza á los alientos
 y avivan el fuego patriótico
 que en el corazón enciendes.
 No os engañéis ni confundáis,
 mi constante pensamiento
 será que el norte de España
 se pronuncie con el respeto
 desde los orientales climas
 hasta la región del hielo.
 Yo cubriré de hielos
 el Occidente de España
 y clavaré de Castilla
 el estandarte soberbio
 sobre las nevadas cumbres
 de los altos Pirineos.

MARQUESA,

Eso es lo más importante
 y haré lo que nadie ha hecho.
 En breve os remitiré un
 documento y un abramiento,
 pues iba, cuando he salido
 el secretario á sustenderlo.
 Además os remitiré un
 documento más y á la

(Siguen hablando aparte. RA condeseñala sobre la puerta del fondo y asoma la cabeza.)

CONDE.

¿Qué necesidad
 y aquí el don en secreto
 si yo pudiera vengarme
 de los dos á un mismo tiempo.
 Voy á hacer que los sorprendan
 y á que cunda su des crédito. (Ocellase.)

MARQUESA.

No lo dudes, eso ha dicho.

ZENON.

Pues os juro que lo intento
 creará...

MARQUESA.

A vuestras elevaciones
 no voy á ir y todo dispuesto
 es preciso que acompañe
 el destierro de San Felto.
 Mister Kim me hecho regalos
 á toda hora y consejos
 y estos son los que al Monarca

...sus planes han descubierto...
...y yo... (Luz de la noche...)

...señora...

...osivo... EL SEÑOR...
...me... (Luz...)

...MARQUESA... EL LACAYO...
...de... (Luz...)

LACAYO.

ZENON.

LACAYO.

Perdonad, mi atrevimiento...
...un coche ha llegado...
...una dama... y...
...puede que la escuchéis...
...á solas...
...Una dama...
...El rostro...
...y no ha querido decirme...
...su nombre...
...*(Se va Marquesa.)* No sé si debo...
...Recibid...
...*(Al lacayo que se retira.)* ¡Dad, que pase!
...*(Diciendo lo mismo.)*
...*(Diciendo lo mismo.)* Hasta luego.
...*(Diciendo lo mismo.)* Por allí, señores.
...*(Diciendo lo mismo.)* ¡Interrumpin...
...no presumo...
...no recordáis...
...á solas...
...*(Diciendo lo mismo.)* Cuidad...
...secretas... *(Entornando los ojos.)*
...*(Diciendo lo mismo.)*
...ESCUENA XVI
...CLARA, ZENON, LA MARQUESA, escondida.
...ZENON.
...*(Mirando por la derecha.)* Y
...¡Ah!... ¡Cielos!... ¡qué compromiso!

CLARA
ZENON

CLARA
ZENON
CLARA

ZENON
CLARA
ZENON
CLARA

MARQUESA

CLARA
ZENON

CLARA
ZENON

CLARA
ZENON

CLARA
ZENON

ZENON

CLARA
ZENON

ZENON.

CLARA. OBL... Sí, sí:
 tú sientes perder su gracia?..

ZENON. No!.. si lo siento es por ti.
 ¿Posponerte á mi ambicion?
 Su gracia... ¿me has olvidado!

CLARA. No, nada he dicho, perdon!..

ZENON. Pero, bien, que ha sucedido?
 Ven, sigueme á otro aposento,
 aqui te pueden hallar...

CLARA. No, escuchá solo un momento,
 porque te voy á dejar.
 En palacio hee han contado
 que en breve... que agitación?
 mi padre va á ser llevado
 á una perpétua prision.
 Ya que el poder te sublima
 que ese tu amigo encono,
 y no consentas que sima
 en tan horrible abandono.
 En que es anciano repara
 y considera, por Dios,
 que es el padre de tu Clara...
 que alcanza ese golpe á dos.

ZENON. Advierte, mi Men, primero
 que no le impuso mi encono
 ese castigo severo
 es emanacion del trono.

CLARA. Mas tú puedes endulzar
 su estremada suerte impia...

ZENON. Mi sangre por alcanzar
 su perdon, derramarla.

CLARA. ¿Y no hay remedio?

ZENON. No sé...
 pero calma tu dolor:
 yo con mi rey cumpliré...
 y cumpliré con mi amor.

(Se abrazan al tiempo que se abre la puerta del fondo y salen don Diego, el Conde y espasa número de caballeros que se detienen en el umbral de la puerta.)
 Pero este hombre es el hermano...
 ¡que otros!.. ¡este!

ESCENA X

CLARA, ZENÓN, D. DIEGO, EL CONDE, CABALLEROS.

Después MAURICIO.

CONDE.

¡Qué noche tan calorosa!
aquí...

DIEGO.

¡Mi hijo!

ZENÓN.

(Ah! Desdichada!)

(A los circunstantes.)

Si, señores, es la esposa
del marqués de la Ensenada.

DIEGO.

¡Vuestra esposa!

ZENÓN.

Si, señor.

DIEGO.

¡Infame!

MAURICIO.

(Qué sale por la izquierda.)

¡Qué bulla es esta?

¿A qué viene ese furor?

¿Se nos ha aguado la fiesta?

ZENÓN.

(Entrégandole a Clara)

Guardadla, cual corresponde;

señor, a vos es la entrega.

(A los señoras.)

Dejadme aquí con el conde,

y con el señor don Diego.

(Cerrando la puerta.)

No es justo que la función

se altere, ni la alegría.

ESCENA XI

ZENÓN, D. DIEGO, EL CONDE.

CONDE.

(Me luci, por vida mia.)

DIEGO.

Decid, tan grande traición

de cierto habéis cometido?

ZENÓN.

¡Traición en vuestro despecho!

¡llamareis al lazo estrecho!

¿qué por siempre nos ha unido?

CONDE.

(Pero este hombre es el demonio.

¡qué atroz!... ¡esto al cielo clama!...

ayer me quitó la dama
y hoy me quita el matrimonio...)

DIEGO. ¿Y qué cuenta le dareis
á mi hermano por haberlo
habiéndo lo así ultrajado?

ZENON. ¿Yo? ¡No!

DIEGO. ¿Qué le responderéis?
Me habéis injuriado
con intenciones de ultraje,
y habéis después hecho alarde
de mi deshonra aquí.
¡No! No quedareis con gaita
comprado bien el objeto
de ese enlace tan secreto...
pero os habéis engañado.
¡Oh! ¡llegáis á entender
mi próxima elevación,
y buscáis la salvación
por medio de una mujer!
Don Diego, ¡no propiciáis
fatal estais esta noche:
ved que con tanto reproche
de mi paciencia, abunda
Si Clara mi esposa es,
solo ha entrado en esta unión
por todo mi corazón...
y por nada el interés.
Y sabid por demas
que á la cartera aspiráis.
Y sabid que sois un hombre
por quien era mi esposa.
En fin, ¡adieu!
hoy nos habéis sorprendido
nuestra culpa no la tenéis
vos la tenéis, solo vos la tenéis.
Deberais pedir me alhijías.
Por el demas, ¡delicias
ó muy atraído estais!
señor marqués, de las alhijías
pedir mas, ¡ambicion tenéis!
¡Ah!

ZENON. ¡No, estais en un error!

... (Se retira.)

ZENON. ¿Qué es esto?

DIEGO.
LACAYO.

¡No!
Un pliego de papel... (Se retira.)

DIEGO.
ZENON.

Este es un pliego... (Abre uno y lo lee.)
Perdonadme... (Don Diego.)

CONDE.

Este hombre...
y vaya...
dos ó tres...
no puedo...
Pero, bien...
si le...
¿Conde?

ZENON.
CONDE.

¿Qué es esto?
reconcilia...
Sois galan...
Talvez...
dure poco...

CONDE.
ZENON.
CONDE.

¡No!
(Dándole el papel.)
(Buscando el papel.)
Y qué es esto?

DIEGO.

Le...
¡y me...!

CONDE.

Vuol...
nos...
¿Qué dice...?

DIEGO.
CONDE.

(Dándole el papel.)
mirad, el...
(Al Zenon.)
Amigo...
pedir mas, ambicion fuera...
¡Ah!

DIEGO.
ZENON.

No, estais en un error;

no os quito yo la real gracia;
 me duele vuestra desgracia
 tanto como á vos, señor.
 Si, de la corte saldreis;
 fuerza es prestar obediencia,
 mas... calmad vuestra impaciencia
 que en breve aqui volvereis.
 Y si volveis bien curado,
 yo me daré buena traza
 para que hálleis una plaza
 en el consejo de Estado.

DIEGO. La proteccion ; vive Dios!
 que sin tiempo me ofreceis,
 os ruego que la guardéis
 por si os hace falta á vos.
 ¿Acaso habeis olvidado
 ufano con tal conquista
 que con una camarista
 ciego os habeis enlazado?
 Y vos podeis ignorar
 que sin licencia...

ZENON. ; Señor!
 DIEGO. ¿No sabeis tan grande error
 adónde os puede llevar?
 ZENON. Pero ¿vos capaz seréis...
 Ved que á Clara de ese modo...
 DIEGO. ; Oh!... por vengarme, de todo,
 de todo, no lo dudeis.
 CONDR. (Vaya, en otra nueva lid...)
 ZENON. Que es hija vuestra...
 DIEGO. Jamás.

O vos ó yo, nada mas.

*(Abrese la puerta del fondo y aparten la marquesa
 conduciendo á Clara y seguidas de Mauricio, Keen,
 el Duque, y crecido número de damas y caballeros.)*

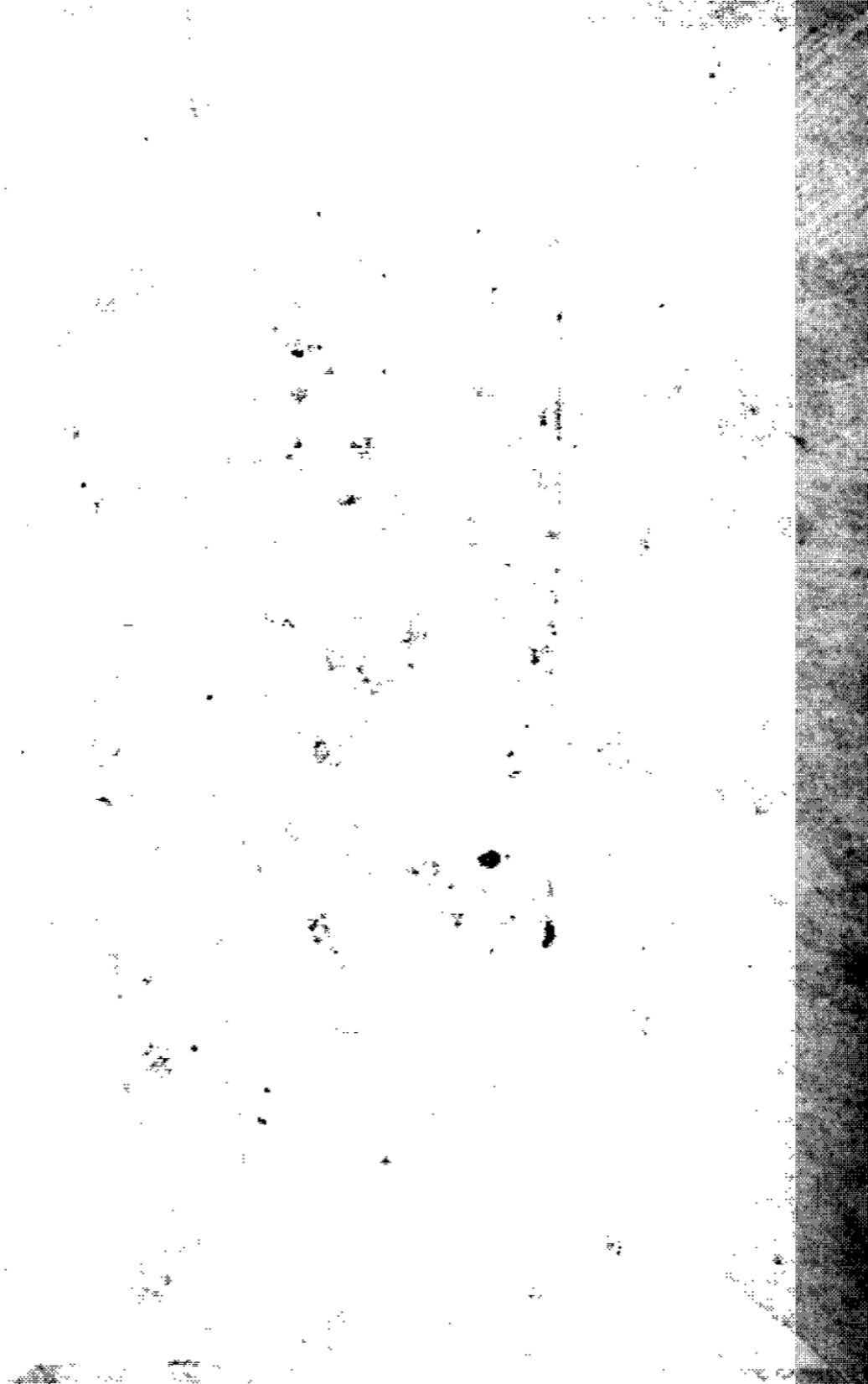
ESCENA ULTIMA.

LA MARQUESA. CLARA. ZENON. D. DIEGO. EL CONDE. MAURICIO.
 KEEN. EL DUQUE. DAMAS Y CABALLEROS.

MARQUESA. Venid, señores, venid,

nada pretendáis de mí,
 porque no hacen falta aquí
 (*Al Duque.*) ni tutores... (*A Keen.*) ni aliados.
 (Pediré mis pasaportes.)
 DUQUE. (Pues señor, vuelta á empezar.)
 KEEN. ¡Eh!.. señores, á bailar.
 ZENON. Dios bendiga á los consortes.
 MAURICIO. Chico, chico, oye un consejo:
 tú eres mozo y tienes ciencia,
 pero yo tengo experiencia
 que de algo vale el ser viejo.
 Nada puedo darte ya
 que á tu buena suerte cuadre
 sino el consejo de un padre
 que en breve te dejará.
 No atiendas á la malicia:
 á los nobles y al pechero
 mídelos por un rasero;
 justicia, Zenon, justicia.
 No admitas traba ninguna:
 sé libre: las manos sueltas...
 pues siempre está dando vueltas
la rueda de la fortuna.
 (*Se abrazan y cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.



C